

ESTUDIOS



VIDA LIBRE, por Paul von Szinyei

Museo de Budapest

SEPTIEMBRE DE 1929

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno malito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica, que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Bascos Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—(Agotado.)

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

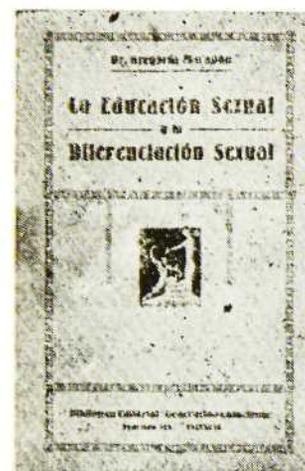
Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

La Muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

La virginidad estancada, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incompreensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.



comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Bascos Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)





Reflexiones sobre el fundamental



problema del niño

El hombre es un complejo de tendencias buenas y malas. No se da nunca el hombre absolutamente bueno ni el absolutamente malo. Hasta el criminal más avezado y corrupto tiene alguna faceta de bondad. Inversamente, en el hombre de conducta más ejemplar, encontraremos, si ahondamos en su vida, algo reprochable.

De entre esas tendencias hay algunas que predominan sobre las demás, algunas que entran de ordinario en juego y dan el tono individual, viniendo a constituir el carácter de este o el otro hombre. De aquí resultan individuos bien o mal inclinados, según que preponderen unas u otras disposiciones.

La vida social es una complicadísima urdimbre de acciones egoístas y altruistas, heroicas y cobardes, nobles y viles, dignas y abyectas, morales e inmorales, justas e injustas, plausibles y condenables.

El hombre es, simultáneamente, espectador y actor de la vida social. Obra en vista de motivos. Ante una circunstancia contesta, responde, según su modo peculiar de ser, en pro o en contra, adhiriéndose a ella o rechazándola. Lo que acabamos de decir también es aplicable al niño, con la diferencia de que, en el hombre, las respuestas, a los motivos externos, están saturadas de más o menos conciencia o reflexión, mientras que, en el niño, son más espontáneas.

La precocidad, en el vicio o en el delito, o se hereda o se adquiere. El problema de la herencia morbosa lleva implícito la inconscien-

cia con que se efectúan un gran número de matrimonios. Tuberculosos, sifilíticos, neuróticos, etc., que contraen matrimonio, sin deberlo contraer. Se ignora que el fin del matrimonio, ¡el más alto fin humano!, es el perfeccionamiento, la superación de la Especie. Los pobres niños engendrados en tan pésimas condiciones se hallan condenados a soportar una vida de desgracias y sufrimientos, de dolores físicos y morales. El fin que debemos perseguir es éste: Infundir y desarrollar en los futuros padres el sentimiento de responsabilidad ante el trascendentalísimo acto de la procreación, procurando que ese sentimiento vaya acompañado de una clara comprensión de tan importante problema.

Es incalculable el número de niños bien inclinados que se malogran por la adquisición de malos hábitos, a causa de la detestable educación que reciben. Padres y tutores que maltratan, respectivamente, a sus hijos y tutelados; niños que no se les educa de acuerdo con los medios o disponibilidades económicas de los padres; escenas violentas representadas por los cónyuges en presencia de sus hijos; padres que dedican a sus hijos, desde muy pequeños, a la mendicidad; niños, en fin, que respiran constantemente, en sus casas, una atmósfera de corrupción. Tales niños, abandonados y, peor que abandonados, educados en un medio tan perversamente deformador, ¿qué de extraño tiene que sean los futuros candidatos a la delincuencia? Es el corolario natural y lógico.

¿Remedios? Una transformación radical de

la sociedad sería el mejor. Mientras esto no sea posible, hemos de reconocer que los reformatorios para niños, las escuelas e institutos de anormales, los orfanatos, los tribunales tutelares de la infancia pueden remediar, en parte, el mal, siempre que estén montados con arreglo a las modernas investigaciones científicas, que su funcionamiento sea presidido por médicos, pedagogos y psicólogos, y que los procedimientos aflictivos sean descartados en absoluto y sustituidos por un régimen de amor y educación.

La sociedad debiera mostrar mayor interés por estas instituciones, y prestarles, con calor, su ayuda material y moral, para que el número de ellas fuera aumentando. Todo lo que la sociedad gaste en bien del niño, lo ha de recibir, mañana, centuplicado. El niño es el hombre en germen: el futuro esposo, padre, ciudadano, actor de la vida social. Cuanto más gastemos en vigorizarle, unitaria y armónicamente, en su triple aspecto físico, intelectual y moral, tanto más fecundas y mejores serán, en un porvenir próximo, sus obras.

La vida del hombre, desde que nace hasta que muere, es un proceso continuo de educación, buena o mala. El niño se educa en la escuela, en la calle, en el teatro, en el cine, en el hogar, etc. Recibe influencias saludables y nocivas de todas partes. Vive más tiempo sumergido fuera de la escuela que dentro de ella. La labor escolar es, por esta causa, destruída en gran parte por las impresiones extraescolares. Como las causas de corrupción son muy numerosas, se impone, con urgencia, la necesidad de purificar el ambiente, mediante una intensa y extensa acción social, pedagógica, de higiene, de economía, de elevación moral.

No despreciamos los remedios paliadores que hemos apuntado. Pero nuestras preferencias están siempre al lado de los que atacan el mal en su raíz, es decir, al lado o en favor de la escuela. ¡Maravilla pensar lo que España podría ser, dentro de cincuenta años, si existieran (no sólo en cuanto al número, sino en cuanto a la calidad) las escuelas que la población escolar necesita, y si al frente de ellas figurara un personal idóneo, bien orientado y amante de profesión tan elevada! No ignoro que esto es un ideal hoy. Pero ése es el camino. No hay manera de transformar un país, mas

que transformando a sus hombres, mejor dicho, a los futuros hombres, por medio de una eficaz y acertada acción educativa. La cultura es lo único que puede llevar a cabo (y lo va llevando paulatinamente) la transformación de la coacción externa en interna, que es la que verdaderamente hace mejor al hombre, inclinándole a obrar el bien, sin mandatos exteriores. Acaso se diga: ¿Es que la escuela lo puede todo? Desde luego que no. En la sociedad, todas las actividades son solidarias. La escuela, consecuentemente, necesita de la colaboración de esas actividades. Lo que ocurre es que la acción escolar es fundamental. De aquí su suprema importancia. Por lo demás, ya sé que no hay pedagogo capaz de convertir un niño torpe en inteligente, ni otro soberbio en humilde, ni un vanidoso en modesto. Se es de una manera o de otra *a natiuitate*. Lo que puede el maestro conseguir, si es pedagogo, es aminorar esos defectos y polarizarlos hacia el bien, poblando los cerebros infantiles de bellas ideas y haciéndoles comprender, con multitud de ejemplos, que la soberbia es mala y la dignidad buena; que el torpe estudioso puede llegar a dar agilidad a su mente y a ponerla en condiciones de que discurra, en lo venidero, los problemas que en la vida se le vayan presentando, y que el vanidoso no debe envanecerse ni aun de las buenas obras que haga, porque, por buenas que éstas sean, siempre habrá alguien que las haga más meritorias. La escuela puede hacer mucho, atenuando las malas tendencias y fomentando, racionalmente, el desarrollo de las buenas. Aunque parezca paradójico, las buenas tendencias también necesitan que se las eduque, para que no surtan efectos perjudiciales: el exceso de prudencia se toma, a veces, en debilidad; el de respeto, en cobardía; el de tolerancia, en prevaricación; el de generosidad, en despilfarro; el de bondad, en lenidad, y el de valentía, en temeridad. Puede calcularse, por los ejemplos aducidos, la importancia que la escuela tiene en la vida de los pueblos.

El problema del niño es el más cardinal de los problemas. Es, además, sintético, pues los abarca todos: el económico, el higiénico, el cultural, el moral, el jurídico, etc. Si hay miseria, el niño se depaupera; si carece de higiene, enferma; si no se le educa o se le maleduca, se

pervierte; si las costumbres son corruptas, se deprava; si delinque o está abandonado, tiene derecho a que el Estado lo recoja y corrija.

Desarrollemos, pues, el cariño al niño, y

tengamos muy presente, en todo momento, estas palabras: la grandeza de un pueblo se halla en razón directa del amor que siente hacia los niños.

LUIS FERRIZ GARCÍA



EL PENSAR Y EL SENTIR



Aunque en la esfera individual estas dos manifestaciones del espíritu estén ligadas estrechamente y dependiendo una de otra, en la colectiva son de resultados casi del todo opuestos. La educación y el ambiente influyen menos en los sentimientos que en las ideas. Las costumbres, hábitos y creencias trascienden más en los pensamientos que en el modo de sentir, que suele variar poco después de la cuna.

Hay diferencias en el modo de sentir las desgracias y alegrías del prójimo que son dependientes de las ideas, como, por ejemplo, la contemplación de un miserable: lo miran impasibles quienes lo creen hecho natural y obligado; lo desprecian aquellos que lo acusan de zángano; lo compadecen quienes lo ven desgraciado, y se irritan contra la social injusticia los que lo miran como dependiente de un orden social arbitrario. Pero estas diferencias no son fundamentales. En el fondo, la capacidad de sentir amor hacia los semejantes, satisfacción por el bien y lástima por la desgracia ajenas, solidaridad con el débil y el caído y odio contra el detentador, no es privativa de ninguna doctrina social, y está por encima del modo de pensar.

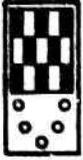
Los hombres se hallan agrupados por intereses económicos, por creencias religiosas o filosóficas y por ideas políticas. Precisamente por lo que más distancia a los hombres, por lo que fomenta el odio sin cuartel, el desprecio y la adversión a muerte, por lo que fomenta la dureza de corazón. En cambio, la identidad de sentimientos, fomentadora de cordialidades, no ha servido aún para establecer vínculos de unión entre los hombres. Nada une más que la identidad en el sentir, como nada separa más implacablemente que la disparidad en las ideas.

Las ideas parecen tener una misión social:

acentuar los odios humanos, ser viveros de discordias, fomentar las guerras, desatar la barbarie. Nos conducen de la mano a la crueldad. La camaradería ideológica apenas puede existir mas que entre media docena de individuos, ya que son pocos los que llegan a coincidir en una misma concepción mental. Sólo el sentimiento puede unirnos por encima de las diferencias en el modo de pensar, de las fronteras geográficas, religiosas, ideológicas y sectarias que siembran odios cainitas entre los humanos. Las ideas, las elucubraciones mentales, han servido de cemento a las guerras. Las arengas se hacen a base de ideas o de apariencias de ideas, ¡qué más da! Las masas no aprecian estas sutilezas. Los pacifistas, en cambio, han de hablar al sentimiento, como lo hace el libro de Remarque *Sin novedad en el frente*. Aquel sentimiento fraterno que hace pronunciar al protagonista de la novela la palabra "camarada" ante su enemigo de frente, a quien en un momento de ceguera belicosa, de inconsciencia guerrera, acaba de apuñalar.

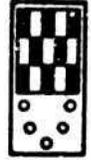
Los hombres no pueden llegar a coincidir en una idea, menos en una concepción social, pero llegan fácilmente a hermanarse en un sentimiento compasivo, en un afecto humano. El sectarismo olvida que es hermano el que piensa al revés que nosotros y acostumbra a negarle la bondad y hasta la capacidad de sentimientos. La belleza de sentimientos puede alumbrar en todo ser, desde el más obcecado al más sensato, desde el más zafio al más intelectual, desde el más sabio al más ignorante y desde el más fanático al más librepensador. Criminales hay con más dosis de bondad y más pureza de afectos que muchos que pasan por moralistas.

ISAAC PUENTE



En visperas de un Congreso Naturista

EXTREMISMOS NATURISTAS



Si hasta en sectores científicos reina un espíritu indisciplinado y un desbarajuste en lo que ha de admitirse como cierto, nada tiene de particular que en el naturismo, donde cualquiera se erige en doctor, el desconcierto en las ideas ofrezca caracteres alarmantes. Suficientes a justificar un control de lo que se publica. Brindo esta iniciativa al Congreso que se anuncia para el mes próximo en Barcelona. Como quiera que no faltan naturistas que creen todo aquello que ven escrito en letra de molde, y no todos están en condiciones de discernir la verdad del sofisma, esta necesidad de controlar las revistas, folletos y libros, aparece también como una misión de los que pueden orientar.

Hay tratadistas desaprensivos que cuando no tienen una razón la inventan. Pero generalmente no hay necesidad de recurrir a esto. Las más disparatadas ideas pueden ser defendidas con un poco de habilidad, y sólo falta que el lector ande escaso de sentido crítico para que el efecto de estas lecturas al ser practicadas sea desastroso. Ideas como estas, destinadas a ser practicadas y que pueden tener un efecto pernicioso sobre la salud, no debieran eximir de responsabilidad a quien las expone.

También entre los naturistas existe el lector insaciable. Como el de las novelas y el de obras de tesis o de utopías; es un lector que no tiene tiempo de vivir en la realidad, porque todo lo que tiene libre lo emplea en leer. No tiene tiempo para digerir, y no tarda en empacharse crónicamente. Sugestionado por las lecturas, llega a no dar importancia a sus experiencias, convierte su alimentación en un motivo de preocupaciones y sus comidas en una cosa cerebral, en la que el estómago pierde sus prerrogativas. Así se hace el gastrópata.

Existen alimentos homicidas, repugnantes y odiosos: la carne, el alcohol, el café y el azúcar. Otros menos violentos: el pan blanco, la sal de cocina. Otros, que se deben tomar con gran circunspección: el tomate, el aceite, la

leche, los huevos, las legumbres secas, los quesos fermentados. Las frutas deben comerse con cáscaras y pepitas. No debe beberse agua, porque basta con la que contienen las frutas y verduras. Y así mil prescripciones rigurosas como las reglas de un rito.

La manifiesta exageración de todo esto, contrastando con la realidad que no refleja tales desastres, es lo que hace principalmente que los demás nos miren un poco compasivamente. El uso de la carne es causa coadyuvante de ciertas enfermedades, pero no es su causa directa. El pan blanco no es un veneno, sino una estafa alimenticia, ya que carece de lo mejor del trigo. La sal no es necesaria en la alimentación, pero es un estímulo digestivo imprescindible en los alimentos cocinados. No es cierto que el café acelere el curso de los alimentos impiendo su digestión. Es un excitante, que se convierte muy fácilmente en vicio, perjudicial al corazón y al sistema nervioso vegetativo. El tomate, que el doctor Carton lo ha anatematizado como acidificante, no está demostrado tenga tan perniciosos resultados. Ni el aceite puede considerarse como un veneno del hígado, como quería el malogrado Butaud. El abuso de azúcar y confituras (en las que hay más porquerías que la sacarosa) puede producir estados de descalcificación por acidosis, pero no debe considerarse tan homicida. Es un sofisma especioso el del doctor Carton al considerar como tóxicos los alimentos muy concentrados, por ejemplo la miel. Callamos deliberadamente lo de las incompatibilidades.

Tan nocivo como todo esto es tomar alimentos adulterados por el comercio, frutas maduras en los mercados, y sobre todo comer cerebralmente, a la fuerza o sin gusto.

Con el mismo criterio estrecho de aquel desgraciado que rompió las bombillas de luz eléctrica, quemó billetes de Banco y rasgó sus vestidos por tratarse de cosas antinaturales, circulan por ahí preceptos descabellados: "Co-

mo el jabón no es natural, se debe lavar el cuerpo con agua sola."

Se exagera también la eficacia de la vida natural en la curación de las enfermedades, ya que se llama vida natural a cualquier cosa, y muchas veces, especialmente en las grandes urbes y por gentes que viven de un salario, todo suele reducirse a un rigor vegetariano en la alimentación. En tales condiciones no se puede renegar por completo de los medicamentos, con los que hay que contemporizar, del mismo modo que se contemporiza con la

habitación mal ventilada, la atmósfera enrarecida, el taller o la fábrica insanos, y con no tomar el sol más que los domingos que lo hace. Contemporizar, mientras no quede otro remedio.

Si se pretende más que sugestionar a los sectarios convencer a los extraños, deben revisarse las razones y los fundamentos de muchas prácticas, sin caer en exageraciones que en boca de fanáticos hacen más mal que bien a las ideas naturistas.

UN MÉDICO RURAL

Nombres grandes para pequeñas figuras

Nada más curioso y contradictorio que los nombres de los individuos.

Los padres, *a priori*, bautizan a su prole con nombres que simbolizan algo que emerge en el mar de sus ilusiones. Pero la Naturaleza, la sociedad, el medio y los hombres tuercen ese deseo fraterno, y giran el destino de la criatura hacia resultados varias veces antitéticos, o, cuando menos, enormemente distanciado del deseo y del sueño del progenitor.

Así, éste se llama Ángel, y es la figura personificada del demonio, según la imagen. Aquél se llama Espartaco, y es sumiso como un cordero pascual. El otro llámase Serafín, y se parece a Cuasimodo. Aquí una Armonía hecha una arpía infernal; allá un Helios, sucio como Diógenes; Napoleón, mendigo; Hércules transformado en un homínuculo, etc., etc.

Reflexionad un poco sobre estas singularidades del post-destino de las criaturas, sobre estos reveses de la fantasía paterna, y veréis que hay para reír y para llorar.

Me hace pensar en esto el cotidiano reparar de nombres, que es mi modestísimo vivir.

En la lista de estos desdichados—cual yo mismo—, forzados de la esclavitud y galeotes del trabajo, relevo nombres grandilocuentes que se aplican a personalidades por demás insignificantes y nimias: Aníbal, Oresto, Hércules, Napoleón, Aristóteles, Platón, Clovis, Rolando.

Esto me hace pensar en la diferencia de la ilusión al hecho. En la confianza ciega y pasiva

en el nombre puesto como amuleto. En la degeneración de padres a hijos, y en lo que habría que corregirse para impedir esa siembra estéril de nombres que parecen todo un programa, todo un ideal, toda una posteridad, todo un ensueño pródigo de regeneración, y que, caídos encima de criaturas, pobres, aun dentro del sombrío anónimo de la humanidad, son aún más tristes que los nombres vulgares y simples, modestos, triviales, plebeyos.

Sí, más tristes, porque atraen más la curiosidad de las gentes, que ignoran estos caprichos implacables del determinismo, y que, conociendo algo la magnitud del nombre original, parécenles más irrisorio y más lamentable el desgraciado individuo debajo del nombre magnífico.

A mí me parecen coronas de oro oxidadas rodando por el fango, por la inmundicia; joyas, valores, en tenduchas de trapero.

"La mona, aunque vista de seda, mona queda"; pero estos infelices, bajo el ropaje fastuoso de un ilustre despojado, son más ridículos que las monas así disfrazadas.

¡Pobres exponentes de parodia! Cómicos honorarios y tristes protagonistas de *rôles* cuya grandeza histórica aplasta y desfigura horriblemente.

El nombre no puede crear el hombre; es el hombre que crea el nombre, y dentro de un nombre no cabe ya otro hombre, fuera del creador.

F. BARTHE



ESQUEMAS DIETÉTICOS

n.º 3/x Normas generales de Dietética en casos particulares, según características individuales, régimen de vida, etc., y en algunas enfermedades.

En manera alguna pretendemos en estos apuntes trazar normas fijas que puedan o deban tomarse al pie de la letra, como una orientación infalible. Es nuestro intento tan sólo dar, a modo de esquema sucinto y de fácil recordación, unos cuantos consejos, que, para la generalidad de los casos, pueden tenerse como convenientes de aceptar y seguir.

Téngase en cuenta, para comprender el por qué no pueda generalizarse en nada dentro de la Medicina, que no hay dos individuos iguales ni de características fisiológicas idénticas. En el caso particular de las funciones de nutrición, no debe olvidarse que la capacidad digestiva y la aptitud para asimilar los principios nutritivos contenidos en los alimentos, son factores absolutamente individuales, y que, por lo tanto, no habiendo *enfermedades*, sino más bien *enfermos*, o individuos de características peculiares, habrá que acomodar, en cada caso, el régimen a las condiciones del sujeto. De ahí que insistamos en que estos consejos son solamente una norma general, sujeta a variaciones de detalle en cada individuo.

Veamos, pues, dentro de este plan, las indicaciones generales de régimen alimenticio más convenientes en las principales condiciones de vida, clase de trabajo, edad, etc., dentro de lo fisiológico, y en los casos de algunas dolencias en que el régimen tiene una particular importancia.

El trabajador manual, el hombre de vida activa y el deportista.—Como quiera que cuando se hace un gran trabajo muscular se precisan, sobre todo, alimentos plásticos (constructores de tejidos) y energéticos, el régimen de los individuos que cultiven un deporte o hagan un trabajo corporal intenso, será rico

en estas dos clases de alimentos nutritivos. Conviene, por lo tanto, las legumbres, los cereales, los huevos y la leche, los quesos frescos, y, sobre todo, el *azúcar*, preferiblemente en su forma más natural, o sea la contenida en las frutas dulces (higos secos, pasas, dátiles, etc.) Las comidas deberán ser más bien cuatro que tres al día, para no llenar excesivamente el estómago, forzándole a una digestión laboriosa. En invierno deberá añadirse al régimen habitual una cierta cantidad de fruta oleaginosa, tal como almendras, nueces, avellanas, coco, etc., como alimentos productores de calorías y ricos en grasas.

El hombre sedentario y el trabajador intelectual.—No debe olvidarse en estos casos el hacer cierta cantidad de ejercicio a diario, tal como gimnasia sueca, paseos, cultivo de algún deporte, etc., para equilibrar el trabajo del cerebro con el del cuerpo. El individuo sedentario consume muchas menos energías, y, por ende, su alimentación será pobre en albúminas y en grasas (restringir las legumbres, las grasas, la fruta oleaginosa, los quesos, los huevos, etc.), y se compondrá comúnmente de cereales, verduras, ensaladas y fruta jugosa. Si sobre ser sedentaria su cotidiana ocupación, ésta implica desgaste cerebral intenso, se procurará, mediante la elección de alimentos ricos en fósforo, aportar este elemento al sistema nervioso. Por ello son convenientes las espinacas, la cebolla, las manzanas, las yemas de huevo, etc., que contienen un buen porcentaje de fósforo.

Las personas gruesas propensas a la obesidad.—En tales, sin perjuicio de que se hagan ver por un médico, no olvidando que la obesidad es, por sí sola, una enfermedad, o un síntoma de enfermedad, convendrá observar un régimen muy pobre en grasas, evitando, por tanto, toda la fruta oleaginosa (almendras, nuez, avellana, coco, cacahuet, etc., etc.), los quesos, la manteca, el aceite, la leche (como no sea desnatada). Debe recomendarse, asimismo,

no tomar feculentos en exceso, comer, del pan, solamente la corteza, preferiblemente tostada. Debe moderarse la ingestión de líquidos. Conviene el ejercicio y la vida activa, y debe evitarse la excesiva permanencia en el lecho, la siesta y el acostarse recién cenado.

Los individuos muy delgados. — Si comen bien y con buen apetito, y, a pesar de ello, no se nutren, deben ponerse bajo la dirección de un médico, que, seguramente, hallará la causa de la deficiente asimilación, a veces por estarse incubando una grave dolencia interior. Tales personas deben hacer comidas muy nutritivas y relativamente frecuentes. Los alimentos más convenientes serán los cereales y las legumbres, las féculas, la patata, el pan, las frutas dulces, los huevos y la leche. Este último alimento deben consumirlo en cantidad algo crecida. También suele ser recomendable tomar alimentos grasos, tales como quesos frescos, nata de leche, mantequilla y fruta oleagínosa, etc. Deben comer bastante pan. Se les insistirá en la conveniencia de masticar mucho las comidas y de permanecer luego de cada una echados de media a una hora. Se evitarán los ejercicios violentos y los excesos o desgastes de todo género.

Los niños pequeños y los lactantes. — Traducimos al lector al artículo publicado en esta *Revista*, en el número de enero de 1926, titulado *Lo que deben saber todas las madres*.

Los ancianos. — Los individuos de edad avanzada deben, en general, comer siempre con gran moderación, ya que el gasto de sus energías es exiguo. En particular, la cena debe ser muy ligera, y siempre temprano, no acostándose jamás recién cenados. Si están propensos a la arterioesclerosis (endurecimiento y fragilidad de las arterias), estas reglas deben extremarse, y aun es conveniente suprimir la cena como tal y sustituirla por unas frutas solamente o un vaso de leche. Se procurará que el régimen sea especialmente abundante en frutas frescas y en verduras, que aseguren un buen funcionamiento del intestino, evitando el estreñimiento. Todos los alimentos fuertes o las cosas de difícil digestión deben desterrarse, como así los excitantes de todo género. Estos consejos son tanto más de observar cuanto más propenso a la obesidad sea el individuo: la vejez enjuta es sana; pero la vejez con obesi-

dad constituye un gran peligro y una amenaza para la vida.

La mujer embarazada y la madre que cría. — Como es lógico, puesto que de las sustancias nutritivas asimiladas han de nutrir también al embrión o al hijo, deben recibir una alimentación rica y sustanciosa, que pueda suministrar los elementos necesarios, y muy principalmente las sales minerales vitalizadas y la cal precisa a la formación del esqueleto del embrión o del niño. En su ración alimenticia diaria no faltarán nunca, por tanto, las frutas frescas variadas, las ensaladas y las verduras. Las legumbres (garbanzos, lentejas, etc.) son convenientes también, por determinar el aumento y favorecer la riqueza de la leche, y lo mismo decimos, por idéntica razón, de la fruta oleagínosa (almendras sobre todo, crudas o en horchatas) y de la leche fresca. No se olvide jamás la importancia de la higiene, de la vida activa y del aire puro, y la conveniencia de abstenerse de relaciones sexuales durante el embarazo y la lactancia. Si el niño se cría endeble de huesos, por deficiente aporte de sales de cal y de sales minerales, convendrá dar a la madre algún preparado que contenga aquéllas, tal como *polvo de valvas de ostra*, por ejemplo.

Las personas estreñidas. — Del estreñimiento, tan descuidado en ocasiones por creerlo una manifestación sin importancia, ha dicho un célebre clínico que es el padre de casi todas las enfermedades. Así es, en efecto, por cuanto la sangre va lentamente recargándose de sustancias perjudiciales que debieron ser eliminadas. El intestino debe evacuarse a diario de dos a tres veces, es decir, tantas como comidas formales se hacen, y de no ocurrir así, hay estreñimiento, que deberá ser combatido. En casos rebeldes, que pueden ser obedecer a multitud de causas, hay que ponerse bajo el cuidado del médico, para tratar aquéllas. Los individuos que padezcan constipación o estreñimiento procurarán que en su alimentación no falten nunca, en todas las comidas, las verduras, sencillamente cocinadas; las hortalizas de *hoja*, sobre todo. Las ensaladas, tomadas con abundante aceite, son necesarias también; y ni que decir tiene que la *fruta fresca*, dando siempre la preferencia a las más jugosas y laxantes (sobre todo, las *ciruelas*, los higos, las cerezas). En particular, las ciruelas, frescas o en compo-

ta, son eminentemente laxantes. El *pan integral* es más que nunca recomendable. Se recomendará, por lo común, la ingestión de cierta cantidad de agua por día, bebida siempre antes de las comidas, y tomada a pequeños sorbos, paseando o haciendo algo de ejercicio a continuación. No se olvide que muchos estreñidos lo son por falta de ejercicio y la vida excesivamente sedentaria. Los alcohólicos y los excitantes deben proscribirse.

n.º 31
 + *Las personas propensas a diarreas (enteríticos).*—Deben hacerse tratar por un médico. Como indicaciones generales de régimen, daremos, no obstante, las siguientes: Se evitarán las hortalizas o verduras de hoja, la fruta laxante, las ensaladas, etc., que, en todo caso, deben tomarse en ración muy moderada. Se restringirá grandemente la entrada de líquidos (bebidas de todas clases, incluso agua, caldos, etc.), y se proscribirá el uso de alcohólicos y excitantes. Los alimentos más recomendables son, por lo común, las legumbres, la patata, los purés, los huevos y la leche. No debe olvidarse que muchas personas que van más bien ligeras de intestino, son autointoxicados, cuyo organismo se defiende por este medio, eliminando sustancias morbosas, perjudiciales; y otros individuos son pletóricos, que, asimismo, compensan, por este medio, su recargo. En unos y otros, como también en las personas muy gruesas, congestionadas, o propensas a trastornos de congestión cerebral, estas diarreas, si no son intensas, deben respetarse, pues lejos de entrañar un peligro, constituyen un medio natural de defensa, por la eliminación que determinan. Cuando la enteritis se deba a otras causas que irriten o mantengan el intestino en estado de inflamación, debe ponerse al individuo bajo el cuidado del médico. Las horchatas de arroz con almídon constituyen un sencillo remedio, que basta muchas veces para moderar la diarrea.

Los artríticos.—Decir artritis, equivale a decir autointoxicación. El artrítico se caracteriza por la presencia en su organismo, y principalmente en la sangre, de sustancias tóxicas, de naturaleza ácida casi siempre, derivadas, en su mayor parte, de la imperfecta transformación de las albúminas o proteicos de la alimentación. Como es evidente, la sangre, así impurificada, puede determinar, a la larga, multitud de trastornos, y pone al organismo en condiciones

propicias para enfermar. Los dolores de cabeza, las molestias y crujidos articulares en los cambios de tiempo, la excesiva producción de sarro en los dientes, la caída prematura del pelo, y muchos otros síntomas, son manifestaciones de artritis, que conviene atender. El régimen de alimentación de los artríticos deberá ser, en general, pobre en albúminas y en sustancias nitrogenadas. Las legumbres secas, los huevos, los quesos, la fruta seca oleaginosa, deben proscribirse, o, en todo caso, usarse con gran moderación. En cambio, se aumentará la proporción de alimentos ricos en hidratos de carbono y en sales minerales vitalizadas, tales como las verduras verdes y blancas, las ensaladas y la fruta fresca de todas clases. Las *uvas*, las manzanas, la fresa, y, sobre todo, el *limón* y las *NARANJAS* son verdaderamente recomendables. Puede ser conveniente el uso habitual de algún agua mineral de tipo alcalino. Los alcohólicos, el vinagre y los excitantes son altamente perjudiciales. Una vida activa y un asiduo ejercicio corporal, evitando la vida sedentaria, son siempre un complemento conveniente.

Nefríticos.—Los enfermos agudos o crónicos del riñón deberán observar una alimentación cuidadosamente seleccionada, que, bajo el control de su estado general y de la composición de su orina, debe vigilar el médico. Como norma general, daremos solamente las siguientes indicaciones: Restricción de alimentos nitrogenados (legumbres secas, huevos, etc.); uso moderadísimo, y hasta supresión completa, de la *sal* en la alimentación; régimen lácteo exclusivo, o alternando con frutas frescas, si existe albuminuria. Todo esto aparte, como es natural, del tratamiento que deba instituirse.

Los cardíacos.—Los enfermos crónicos del corazón deberán observar, por lo común, un régimen alimenticio que, en líneas generales, se puede considerar como análogo al descrito anteriormente para los nefríticos. Cuando la orina sea escasa o acuse presencia de albúmina, se impondrá el régimen lácteo. Las comidas de los cardíacos deberán ser, en todo caso, pequeñas y frecuentes, para evitar que una excesiva repleción del estómago perturbe el funcionamiento del corazón. El estreñimiento debe ser cuidadosamente evitado.

Las tuberculosos.—Los enfermos afectos de

esta dolencia, por el considerable desgaste que la misma implica para su organismo, deben someterse a una alimentación muy variada, sana y nutritiva. Los huevos, la leche, la natilla, las legumbres (lentejas, sobre todo); los cereales (trigo, avena, y, sobre todo, sopas de *farina de cebada*); frutas frescas (*no ácidas*); las semillas oleaginosas, etc., serán la base de sus comidas habituales. Estas deberán ser más bien frecuentes que copiosas, perfectamente masti-cadas, y reposando la primera parte de la digestión. Dada la importancia que las sales de *cal* tienen para la curación de las lesiones tuberculosas, se procurará que dicho elemento no falte al enfermo, suministrándole, por tanto, los alimentos ricos en aquélla. Cierta cantidad de grasa (quesos frescos, mantequilla, manteca vegetal, etc., etc.) no debe tampoco faltar en el menú diario. Vigílese siempre la buena alimentación de estos enfermos, no olvidando el aforismo que dice: *Tuberculoso que se nutre, tuberculoso que puede curar*. No hace falta insistir (en este más que en ningún otro caso) de la conveniencia de una cura de aire libre, de campo (mejor en la montaña con pinares próximos) para estos pobres enfermos.

Apéndice

La inapetencia.—La falta de apetito es un síntoma que no debe descuidarse jamás. Bajo la banal apariencia de un muchacho o de una joven anémicos e inapetentes se fragua muchas veces la traidora incubación de la tuberculosis. La falta de apetito puede obedecer simplemente a apatía orgánica, a una vida excesivamente sedentaria, o a trastornos del aparato digestivo, principalmente. En todo caso, cuando la inapetencia sea verdaderamente marcada, o se prolongue algún tiempo, será siempre aconsejable poner al paciente bajo los cuidados de un médico. El ejercicio físico, la vida al aire libre, el cultivo de algún deporte, etc., deben comúnmente recomendarse. Una fórmula inofensiva, estimulante del apetito, es la siguiente:

Manzanilla en polvo muy fino. 30 grs.

Divídase en 30 sellos iguales.

Para tomar tres al día, una hora antes de cada comida.

Desconfíese, en general, salvo contadas ex-

cepciones, de los llamados tónicos y reconstituyentes: el sol, el aire puro del campo o la montaña, y el ejercicio, constituyen el más saludable estimulante de la nutrición.

ROBERTO REMARTÍNEZ
Médico

X n.º 32

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras anunciadas en el Catálogo General, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse título y autor de los libros, lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado o en reimpresión, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

Enviamos gratis el Catálogo general a quien lo solicite.

Este número ha sido revisado por la censura

MADRID**El crimen de la Gran Vía**

—¿Quién mató al Comendador?
—Fuenteovejuna, señor.

En la avenida de Pí y Margall, la arteria más europea y más americana de Madrid, junto al Palacio del Libro y frente al mayestático edificio de la Telefónica, un chulo, contó la crónica de sucesos noches pasadas, abrió su albaceteña de siete piñones, como en el tiempo que aquellos lugares eran la encrucijada de Jacometrezo y del Horno de la Mata, y dió una puñalada a una señora después que la hubo ultrajado con unas frases abominables.

La señora, que no era española, había venido de viaje de novia a nuestro país, del que leyera, tal vez, algún romance de sus caballeros y de sus hidalgos cuando era honor matarse por el de una mujer y de sus menestrales en la jocunda, espontánea y variante expresión del piropo.

¡Qué desengaño, santo Dios!

Todo el mundo ha dado excusas a la señora herida y a su afligido esposo, para que no crean que todos los españoles son del jaez del matón repugnante, que se trata de un caso morboso que se da en cualquier país cuando menos se piensa, sin más ni más.

Los madrileños se apresuraron a decir que el asesino no era de Madrid, que era granadino; Granada ya habrá averiguado que no salió de su seno, sino de un pueblo de la provincia; en el pueblo se habrá discutido en el barrio que nació; los del barrio señalarán la calle; los vecinos de la calle, la acera donde el réprobo tiene la casa; los de la acera todavía encontrarán una forma de sacudirse el vecindaje moral con el asesino, diciendo que éste vivió y jugó en tal o cual extremo de ella.

Sobre este crimen han dado su parecer y han hecho su comentario todos los especialistas del periodismo conforme les fué llegando su turno.

El gacetillero, que escribió estando el hecho

caliente, pedía que se castigase pronta y ejemplarmente al culpable, por procedimientos irregulares. El literato romántico se quejaba que en una calle tan lujosa, con rascacielos y con guardias vestidos a la inglesa se den espectáculos tan ancestrales. El costumbrista expresó así su iracundia: "No debe haber madrileño que, amo de una pluma, no la mueva en vindicar el honor de su pueblo que por generoso y hospitalario rechaza el acto brutal que nos llena de ira y de vergüenza." El cronista: "El salvaje crimen de la Gran Vía requiere algo más que los merecidos insultos a su autor. Requiere que meditemos todos y que se produzca una acción común de cuantos influyen en la educación de las masas, para lograr la reivindicación del carácter español. Es obra de todos: del legislador, del juez, del maestro, del escritor y de la mujer." El filósofo: "La colectividad no es responsable moralmente del acto de un individuo, a no ser que haya sido inductora y que simpatice con el criminal." El comentarista: "Los inductores son esos literatillos de tres al cuarto, bellacos rebajadores de las grandes ideas de patria y del arte genial de Goya, el mayor despreciador de lo que llaman por ahí goyesco."

Y dice el maestro: "Es el alcohol el principal culpable de los delitos que nos horrorizan, de las maldades que nos aterran y de los vicios que nos abochornan. El alcoholismo con la sífilis, adquirida o heredada, son las dos causas fundamentales de todas las desgracias humanas. Y en tanto que no sea absolutamente prohibido el consumo de las bebidas destiladas y no sea combatida la sífilis, decretando el llamado abolicionismo de las asquerosas mancebías, y decretando la obligación de presentar, antes del matrimonio, el certificado de sanidad, y en tanto que no sean hospitalizados los alcohólicos y los sífilíticos y blenorragicos, como lo son los tísicos, menos peligrosos de contagio, y no se castigue dura y ejemplarmente la adulteración

de los vinos y la fabricación de venenos, para evitar que la herencia enfermiza sea causa de degeneración y de maldad, todo cuanto se haga será inútil y será vano hablar de progreso, de civilización y de cultura. En las calles más céntricas de cualquier ciudad europea, un ebrio o un chulo que traiga en sus venas la sangre viciada por una herencia patológica coserá a puñaladas a una señora después de haberla ultrajado villanamente.

Los enemigos de nuestra civilización se llaman alcohol y avariosis. Hay que combatirlos a sangre y fuego; hay que hacer que sean los médicos quienes guíen a los legisladores, o resignarse a ver la barbarie triunfante, y a las mujeres caer destrozadas a puñaladas, y a los niños morir de raquitismo y tuberculosis, y a las generaciones desplomarse en la brutalidad que lleva, indefectiblemente, a la miseria y a la esclavitud."

Y la autoridad emitió: "El fiscal de su majestad ha recibido instrucciones que permiten esperar medidas y rápidas ejemplaridades que contribuyan al remedio del mal social que ha permitido la exudación de este crimen bochorroso."

Después de oídas todas estas opiniones tan dignas de tener en cuenta todas, el sentido común se pregunta: ¿Quién fué el culpable del hecho pecaminoso de la Gran Vía? ¿Lo fué el desgraciado que esgrimió el arma? ¿Acaso el que le vendió el alcohol que llevaba dentro? ¿El literatuelo que escribió poemas a la mafeza y la chulería? ¿Lo fueron las autoridades que no aplicaron antes las medidas que anuncian para después?

El tema entra en pleno campo científico y social y no somos nosotros quién para desarrollarlo, ni lo intentaremos siquiera, no faltará quien lo haga; en esta misma revista colaboran firmas tan sutiles para estos temas como las de Isaac Puente y Noja Ruiz, que lo harán cumplidamente.

Existe, no obstante, un indicio seguro de culpabilidad y no precisamente en el ejecutor del crimen. Siempre he oído decir que no fué el pueblo francés quien hizo la tan famosa revolución, sino los enciclopedistas; no es ciertamente el filamento de la lámpara quien da la luz, sino el fluido que corre por él. Estamos en el mismo caso.

Durante tres meses, todo el invierno que ha pasado, se ha estado poniendo en un teatro de esta Corte, de un barrio popular, una función escénica vergonzosa, falta de arte, de verismo y de grandeza. *La copla andaluza* ha alcanzado más de 300 representaciones. Todo el Madrid inculto, que no es cualquier cosa, ha ido a verla; sé de quien fué hasta tres veces. Exito igual de taquilla no se ha conocido.

Pues bien, *La copla andaluza* es un poema a la *guapeza*, a la chulería, al cuchillo, al puñal y al crimen. Es un atentado a la verdad y al arte; aquella región noble, soñadora, agobiada por la miseria y la esclavitud, no canta loas a la faca; sus cantos son alusivos a sus penas, a sus amores y a sus sueños.

Durante todo el tiempo que ha estado en el cartel *La copla andaluza* y aún todavía, todo Madrid, el que he mencionado, los chicos, los niños, los hombres, se han manchado la boca y las intenciones cantando a voz en cuello, en calles y trabajos, la letra de las coplas elogiativas de los milagros de las navajas cabriteras.

Y nadie les dijo nada. Fué preciso que el brazo obrara, que se apuñalara a una mujer, y que fuese extranjera, para que gacetielleros, cronistas, maestros y autoridades pensaran en hacer algo. Un infeliz irá a presidio oprobado y deshonorado, mientras que los autores de *La copla andaluza* regodean su triunfo con banquetes y jaranas.

— ¿Quién mató al Comendador?

J. MARTÍN ARJONA



La que supo vivir su amor

por Higinio Noja Ruiz

Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

Interesa a todo hombre estudioso

hacerse suscriptor de esta Revista, porque a pocos libros que adquiriera le resultará la suscripción gratis.

Vea los descuentos con que favorecemos a nuestros corresponsales y suscriptores, en otra parte de este mismo número.

Para una antología de temas pedagógicos

La educación venidera

La idea fundamental de la reforma que introducirá el porvenir en la educación de la infancia, consistirá en reemplazar, en todos los modos de actividad, la violencia de una disciplina convencional por la fuerza natural de los hechos.

Considérese lo que se hace actualmente: se ha elaborado, presa de las necesidades del niño, un programa de conocimientos que se juzgan necesarios a su cultura y, de grado o por fuerza, por cualquier medio, es preciso que los absorba.

Pero los profesores son los únicos que comprenden el tal programa, quienes conocen su objeto y su alcance; no el niño; Todos los vicios de la educación moderna derivan de ahí. Su efecto, desde que se quita al querer y a los actos su razón natural, es decir, la fuerza de la necesidad o del deseo, desde que se pretende reemplazarla por una razón artificial, por un deber abstracto, inexistente para quien no puede concebirle, es preciso instituir un sistema de disciplina que ha de ser necesariamente de malísimos resultados: constante rebeldía del niño contra la autoridad arbitraria de los maestros, desatención, pereza, mala voluntad evidente. ¡A qué maniobras se ven obligados los profesores para vencer la irreductible dificultad! Trampean, sorprenden, y los más ingeniosos en esa táctica son considerados como los mejores educadores. Procuran por todos los medios captar la atención del niño, su actividad y su voluntad, y se sienten dichosos cuando obtienen una apariencia de satisfacción.

No se llega nunca más que a obtener apariencias, al punto en que el objeto artificial reemplaza la razón única y superior de la acción.

Todo el mundo ha podido sentir que sólo el trabajo, que determina al deseo, es realmente el que vale. Cuando esa razón desaparece se muestran la negligencia, la pena, la fealdad.

En nuestras sociedades, la razón artificial del trabajo tiende a reemplazar en todas partes a la fuerza racional y saludable de la necesidad, del deseo natural de vencer, de realizar: la conquista del dinero aparece a los ojos de los hombres de nuestra época como el verdadero objeto del esfuerzo. Y la educación moderna no hace nada contra esa concepción perniciosa; al contrario, y por ello y cada vez más la ambición del dinero sustituye al bello instinto de realización en los únicos hombres cuyo querer no ha sido falseado, en quienes la razón normal del acto ha quedado permanente, que trabajan por realizar lo que han concebido con un bello desprecio del dinero. ¿Cómo es posible que individuos que desde su infancia han sido habituados a obrar por la voluntad ajena, bajo la presión de una ley exterior, en vista de un resultado cuya importancia no comprenden—puesto que la significación del trabajo se define simplemente por el premio o el castigo—sean capaces de interesarse en lo que constituye la belleza, la nobleza del esfuerzo humano, su lucha eterna contra las fuerzas ciegas de la Naturaleza?

La mala concepción de la educación es, en realidad, la causa de la enfermedad orgánica de nuestras sociedades: la necesidad de arribar, de llegar a ser, de gozar; el desprecio del trabajo; la fatiga de la vida, que no se sabe cómo satisfacer; la hostilidad espantosa de seres que se hacen competencia y que procuran destruirse mutuamente. Se ha olvidado que lo que ha de conservarse a toda costa en el hombre es el juego natural de sus actividades, las cuales, todas, deben dirigirse y desplegarse hacia el exterior, en el sentido del conjunto del esfuerzo social. ¡Cuánto se ha abusado de la frase *la lucha por la existencia*, y qué a propósito ha venido para excusar tantas cosas repugnantes! Y también, ¡qué mal comprendida ha sido! Tal como se le entiende es la negación misma de

los principios naturales de la sociedad; no hay parte alguna en la Naturaleza donde se halle ejemplo de la aberración que con ella pretende explicarse. En un organismo, en una colonia animal, los elementos individuales no tratan de destruirse entre sí, sino que luchan, por el contrario, todos juntos contra las influencias hostiles del medio, y las transformaciones funcionales que se cumplen entre ellos no son sino diferenciaciones necesarias, cambios saludables en la organización general y no destrucciones.

Es preciso, pues, que la vida sea verdadera vida, que llegue a ser tal, que el hombre trabaje y luche únicamente para ser útil a sus semejantes: para eso basta que haya conservado y fortificado en sí el instinto de defensa contra las fuerzas hostiles de la Naturaleza; que haya aprendido a amar el trabajo por los goces que procuran las realizaciones queridas y larga y obstinadamente procuradas, a comprender la grandeza y la belleza del esfuerzo humano. Nuestros grandes hombres, nuestros inventores, nuestros sabios, nuestros artistas, son aquellos que han conservado la bellísima cualidad de querer, no contra sus semejantes, sino para ellos. Parecen tan extraños a los ojos de sus contemporáneos, que, antes del logro de su ideal, les llaman soñadores.

Una educación racional será, pues, la que conserve al hombre la facultad de querer, de soñar, de esperar, la que se base únicamente sobre las necesidades naturales de la vida; la que les deje florecer y fructificar libremente; la que mejor facilite su desarrollo y realización, a fin de que las fuerzas del organismo se concentren sobre un mismo objetivo exterior, a saber: la lucha por el trabajo, para cumplir lo que reclama el pensamiento.

Han de renovarse, pues, por completo las fases de la educación actual; en lugar de fundarlo todo sobre la instrucción teórica, la adquisición de los conocimientos, que no tienen para el niño ninguna significación, se partirá de la instrucción práctica, aquella cuyo objeto se mostrará; es decir, se comenzará por la enseñanza del trabajo manual.

Su razón es lógica: la instrucción, como he observado antes, no tiene para el niño utilidad alguna. No sabe por qué se le enseña a leer, a escribir, se le llena la cabeza de física, de geografía y de historia.

Todo ello le parece soberanamente inútil, y lo demuestra resistiéndose con todas sus fuerzas. Se le embute la ciencia, y la rechaza lo más pronto posible. Y nótese que en todo, lo mismo en la educación moral y física que en la educación intelectual, ausente la razón natural, se le reemplaza por la razón artificial.

Es necesario fundarlo todo sobre la razón natural. Para ello basta considerar que el hombre primitivo ha comenzado su evolución hacia la civilización por el trabajo determinado por la necesidad; el sufrimiento le ha hecho crear medios de defensa y de lucha, de donde poco a poco han nacido los oficios. El niño tiene en sí una necesidad atávica de trabajo suficiente para reemplazar las circunstancias iniciales, y no ha de hacerse más que secundarle. Que se organice el trabajo en su derredor, que se conserve allí mismo la disciplina lógica y legítima de su realización, y fácilmente se llegará a una educación completa, cómoda y saludable.

No habremos, pues, de esperar, en tal medio, sino a que el niño venga a nosotros. Basta haber vivido un poco la vida del niño para saber que una necesidad irresistible le impulsa al trabajo. ¡Pero cuánto se hace para destruir esta utilísima necesidad! ¿Cómo hay después quien se atreva a hablar de vicio y de pereza? Un hombre, un niño sano tienen necesidad de trabajo: lo prueba la historia completa de la humanidad.

Poco a poco abandona el niño el juego, que no es sino una forma de trabajo, una manifestación innata de ese deseo de actividad que no ha hallado todavía dirección o que toma simplemente su razón de ser en el gusto atávico de la lucha subsistente de los períodos primitivos de la vida humana. Deja el juego obedeciendo el impulso de la necesidad que nace lentamente y del atractivo del ejemplo: se trabaja en su derredor, y él aspira con todas sus fuerzas al trabajo.

J. DELAUHAIE

LIBRO INTERESANTE

PIO BAROJA

Por Francisco Pina

Estudio crítico-literario de la obra y la personalidad del genial novelista. — Precio, 3 ptas. De venta en esta Administración.



GACETILLA



Hay seres tan insignificantes, que no se percatan jamás del favor que les hace cualquier persona al dirigirles la palabra, aunque sea para pedirles un favor.

Recientemente, una persona de mi mayor aprecio visitó a un títere que hace articulejos para los periódicos, con el fin de preguntarle no sé qué cosa. Esta persona hacía un favor señalado al escritorzuelo hablándole, aun cuando necesitara de él determinados informes. El títere, sin embargo, levantó la voz, hizo poco menos que un discurso, y abrumó a su visitante con todo género de consideraciones. El caso era que las gentes que les rodeaban se enterasen de que él merecía que le consultaran y que sabía colocarse en el terreno propio de los hombres importantes.

Unicamente el exceso de educación evitó que su visitante le llamase idiota y le volviese las espaldas.

Por mi parte, hago los menos favores que me es posible de esta naturaleza. De aquí que no dirija nunca la palabra a tenderos y gentes de esa laya. Aunque vendan felicidad a precios módicos. Mejor dicho. Especialmente, si venden felicidad. Lo cual es lo mismo que vender ignorancia. Ya fué dicho con singular penetración: "Quien añade saber, añade dolor."

* * *

Y va de títeres. Otro escritorzuelo, tratando de combatir a un escritor eminente, ha dicho que se extraña sobremanera de que se hable alguna que otra vez de él, cuando apenas si le leen unas cuantas docenas de personas. Si esto fuese una opinión particular del títere no valdría la pena ocuparse de ella. Pero como la generalidad opina de ese mismo modo, no estará de más una apostilla.

Según ese enunciado, sólo los escritores muy leídos merecen que se hable de ellos. Como se ve, el tal enunciado no puede ser más absurdo ni más necio.

En general, ha de pasar mucho tiempo para

que gocen de popularidad los verdaderos grandes hombres.

El hombre que en vida es muy popular —salvo contadas excepciones— es un hombre inferior.

Medir la importancia de un hombre como la ha medido ese escritorzuelo y como la mide la generalidad, es sencillamente estúpido.

Admitiendo semejante medida, "El Caballero Audaz", como ejemplo de escritor popular, sería el más digno de ser comentado. En cambio, Baroja, como ejemplo de escritor de lectores reducidos, no sería merecedor de que nadie se ocupase de él.

Lo cierto es, sin embargo, que nombrar a ese escritor popular al lado del otro a quien leen muy pocos es ridículo. Es este último, y no el otro, el gran escritor, aunque aquél tuviese más lectores y éste menos todavía. Y es de éste y de los que son como él de quienes se debe hablar siempre que haya ocasión, y es aquél y todos los que se le parecen los que no son dignos de ninguna clase de comentario, estoy por decir que ni siquiera de censura, la cual es una especie de reclamo para los títeres y para la generalidad. Y es la obra de los escritores poco leídos la que vale, y nadie que tenga inteligencia se ocupa para nada de la de los escritores populares.

* * *

Hace mucho tiempo que no he ido a los teatros donde se cultiva el cuplet. Si bien hay algunas cupletistas famosas—que no artistas, pues esto es cosa de más alta calidad—que tienen una voz agradable, en ciertas ocasiones grata al oído, como el género que les da sus mayores triunfos y la fama, que a veces pasa al extranjero, es tan terriblemente inferior, he procurado guardar en mi recuerdo el encanto de aquella voz, oída rara vez en ese modo encantador, y he rehuído volver a escucharla, porque aunque sea una cosa agradable al oír, este agrado queda malogrado por el mal gusto

de los autores de la música—de algún modo hay que llamarla—y de la letra—también hay que llamarla de algún modo—de los cuplets que cantan.

No solamente esa música y esa letra son malas, sino también ramplonas y chabacanas. Si sólo fuesen malas tendrían redención. Quedarían redimidas por el encanto de la voz de la cantante. Pero lo ramplón y chabacano no tiene redención posible. Hay cosas que no pueden ser ennoblecidas ni por un genio.

Por esto, a lo grato que pudiera serme oír la voz de una cupletista—y son muy pocas las merecedoras de ser oídas—iba mezclado siempre el recibir, en la sensibilidad, la herida de un ruido desagradable, es decir, de eso que llaman música de los cuplets; y el ataque al buen gusto de la letra, no sólo sin sentido, sino absurda, malsonante y de una vulgaridad superior a todo lo imaginable.

Del mismo modo que muchos célebres cantantes, magos de la voz, no pudieron ennoblecer algunas de las ramplonas óperas que cantaban, del mismo modo que hoy algunos cantantes discretos no pueden elevar a categoría de no-

bleza la mayor parte de las zarzuelas que estrenan, y que—prueba evidente de su inferioridad—hasta tienen ruidoso éxito—las cosas buenas de verdad no llegan a gustar a los públicos numerosos—, así las cupletistas, por mucho que sea el encanto de su voz no pueden redimir de la tontería la música y la letra de los cuplets.

Por esta razón, para no tener al propio tiempo que un placer—el de oír una voz grata—un disgusto—el de percibir que aquella voz se emplea en música y letra inferiores, de una inferioridad desesperante—, hace mucho tiempo que no voy a los teatros donde para escuchar a las cupletistas asiste tanto público.

Circulan por ahí muchas cosas de las que se puede decir cuanto dejo dicho de los cuplets. Con la desventaja de que no pueden llegar a nosotros por conducto de voces agradables. Les falta este aliciente. Así, quedan reducidas solamente a música y letra de cuplets. Por mi parte, me abstengo de todo eso. En cuanto puedo y está de mi mano, procuro no caer enfermo.

JULIO BARCO



Vulgarizaciones

El Cosmos y el Mundo

El Cosmos es infinito, y lo es porque la razón pura no puede concebir lo que pudiera limitarle, ni lo que fuese aquello que le hubiera de limitar, lo cual reconoce la ciencia al afirmar que en el Cosmos el centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Y como la condición inherente a lo infinito es el ser eterno, es claro y de lógica pura que el Cosmos es infinito y eterno.

Por otro lado, la física moderna prueba que la materia se desmaterializa hasta su última forma establecida: el éter, dejando a un lado los estudios que se refieren a la electricidad—iones, electrones, etc.—por hallarse aún en sus comienzos. Pero como es lógico dar por cierto que este proceso no se ha de detener en

dicha forma, al continuarse se ha de llegar a un elemento de una mayor simplicidad, elemento que ha de reconocerse como el constitutivo del Cosmos, dado que de él, y como en las cualidades primeras citadas, la abstracción pura no permite pasar.

Bastando lo que antecede, y siendo la conclusión, lógicamente inferida, a que se llega por el proceso de investigación empírica y de especulación abstracta, ello permite afirmar que el Cosmos existe en sí, porque no tiene relación con otra cosa, como infinito que es; por sí, porque no tuvo creación, dado que es eterno; y para sí, porque las formas todas de la materia, que de su elemento se originan, a él terminan por integrarse, siendo, por tanto, lo abso-

luto positivo, formado por un elemento imponderable, simple y estable.

De este elemento, y en puntos indiferentes del Cosmos, se forman grandes aglomeraciones, embrión del que se originan las nebulosas. Una vez formadas dichas grandes aglomeraciones del elemento constitutivo del Cosmos, se determina el proceso físico de su masa, del que se deriva su transformación en materia gaseoso-nebular, de progresiva diversificación química, a que dan lugar las distintas formas de combinación de sus elementos, desde el primordial indicado que le da origen, hasta su completa transformación en las sustancias químicas que constituyen la materia.

Al ser producidas por estas causas las nebulosas de que se irán formando los mundos que constituyen los sistemas planetarios, el proceso de reacciones físico-químicas de que queda hecho mención, adquiere una intensidad tal, que determina la violenta conflagración atómica de los diversos principios químicos, mezclados entre sí, que las constituyen.

Esta conflagración, en que los elementos químicos mezclados luchan por su separación y agrupamiento aislado de los demás, determina reacciones termo-físicas de una tan elevada intensidad, que hace sea traducida su energía, desde el centro a la periferia de las nebulosas, en el calórico, de una gradación progresiva que por fin termina transformándolas al estado de ignición.

El movimiento rotatorio de las nebulosas, a que dan lugar los fenómenos expuestos en el párrafo precedente, hace sean desprendidas de la masa nebular, periódica y sucesivamente, por la acción de la fuerza centrífuga que se manifiesta en progresión decreciente desde el centro a la periferia, grandes porciones anilladas de su masa.

Al quedarse separados estos anillos del núcleo de la nebulosa, la fuerza centrípeta que acciona sobre su masa, en necesaria dirección a un punto, hace pierdan su forma anillar, para adquirir la de conglomerados esféricos que quedarán girando en el espacio, por la acción de rechazo que sobre ellos ejerce la rotación del núcleo originario, sobre el punto extremo del plano de la órbita que ocupaban a su desprendimiento de la nebulosa.

Los movimientos traslativo y rotatorio de

estos conglomerados de materia gaseosa, embrión de los planetas (movimientos a la manera de los del trompo que arrojamos al suelo imprimiendo al brazo un fuerte movimiento de derecha a izquierda), son debidos, aparte las causas a que obedecen los de la nebulosa matriz y al giro de la fase anillar y del rotatorio que origina la retracción sobre un punto de la masa del anillo, son debidos, repito, a la acción de lanzamiento que sobre dichos núcleos ejerce la nebulosa, al quedar de ella desprendidos simultáneamente como anillos y como núcleos.

Girando en el espacio estos núcleos desligados de la masa nebular se desarrolla en ellos un proceso de reacciones físico-químicas, semejante al que se verifica en la nebulosa que les da origen, a lo cual se debe el desprendimiento de las porciones de su materia que constituyen los satélites, cuyas evoluciones transformadoras, en un todo iguales a las del planeta y a las de la nebulosa, están determinadas en el tiempo de su verificación con relación al núcleo que las produce, como de éste para con la nebulosa originaria, por la diferencia cuantitativa en menos de su materia, con respecto a la masa de que se derivan.

La energía producida por la conflagración físico-química que se opera en los elementos constitutivos de los conglomerados gaseoso-planetarios, va transformándose en calórico de una progresiva elevación, hasta que por fin llega al grado límite que determina su ignescencia.

Llegada la combustión de estos núcleos gaseoso-planetarios al límite que determinan los elementos componentes de su masa, de los que forman parte los originados por la acción de la ignescencia, se inicia la reconcentración de ésta hacia el centro de los núcleos, hasta consentir sean posibles, por esta causa, las evoluciones que permitirán el surgimiento a la vida de las formas de la materia, desde las más simples hasta las más complejas.

Así, y tomando como ejemplo el planeta que habitamos, una vez que su periferia en ignición hubo, por la interiorización de su fuego, enfriado lo bastante para permitir las combinaciones de los elementos químico-gaseosos que en inmensa cantidad le envolvían, apareció la fórmula $H^2 O$, constitutiva del agua, reguladora de la vida del planeta y que

hoy le envuelve todavía en las tres cuartas partes de la superficie.

Las reacciones químicas operadas en el interior de las aguas dieron origen a la formación de los diminutos conglomerados de sustancia protoplásmica, al estado libre (sin membrana envolvente), llamados mónadas, primera categoría de la gama celular y de la que ésta se deriva.

La irritación causada sobre la periferia de estos conglomerados de protoplasma, por la agitación y golpes sufridos en el seno de las aguas, determinaron la formación de la membrana protectora que llega a revestirlas y defenderlas de los ataques destructivos del medio, adquiriendo y pasando por ello a la categoría celular, denominada amiba.

Esta célula, una vez quedó formada, la necesidad químico-mecánica vital de reparar las pérdidas de sus elementos, que la existencia de toda organización impone, originó la formación de finas protuberancias o filamentos, llamados pestañas o pseudópodos, en la membrana formadora de la célula, de los que se vale ésta como elementos de tactación, de absorción de las sustancias necesarias a su nutrición, etcétera, etc.

El exceso de sustancias absorbidas por esta célula, constituida como digo, determina en su seno, desde la periferia al centro, reacciones físico-químicas de síntesis de dicho exceso, lo que da origen a la formación del núcleo, y por ultrasintetización de la materia de éste, debida a las mismas causas que le originaron, al nucleolo o mancha germinativa, pasando por estos hechos a la categoría celular, llamada mónera.

Al continuarse en esta célula el proceso de su nutrición y, por tanto, el de sintetización y ultrasintetización mencionados, este proceso determina el engrosamiento de los elementos constitutivos de la célula (protoplasma, núcleo y nucleolo), hasta el límite tolerable por las condiciones típicas, fundamentales de su organización y existencia, forzándolas a dividir dichos elementos en dos mitades que se distancian entre sí, hasta quedar formando dos células unidas por el punto de estrangulamiento a que estos hechos dan lugar. En estas dos células se repite el mismo proceso a que ellas se deben y, por consiguiente, se reproducen unas

de otras y sobre sí mismas, dando origen a la formación de la categoría celular, denominada mórula, por la forma de mora que este apiñamiento de células afecta.

Habiendo llegado ya en el desarrollo de mi exposición—que destruye la idea de Dios y el concepto bíblico de la creación—a una fase que comprende la existencia de la célula nucleada, de la que se originan las evoluciones y transformaciones de las formas todas de la materia hasta el hombre, hago punto creyendo haber cumplido el propósito que me inspiró.

DAVID DÍAZ



La Verdadera Ciencia de Curar (Sin drogas ni operaciones)

Utilizando los elementos que la Naturaleza sabía pone al alcance del hombre, y aprovechando los tres factores esenciales de la vida: *Agua, Aire y Sol*, cuya acertada aplicación puede hacer verdaderos milagros en el tratamiento y curación de las enfermedades, por rebeldes que sean. Contiene esta obra trascendental de medicina naturista adaptada a las características de la raza latina, además de un extenso y minucioso tratado sobre toda clase de enfermedades, al alcance de todos, una parte dedicada al estudio y propiedades de las plantas medicinales, y otra para conocer las enfermedades por la expresión del rostro.

Un precioso volumen de 540 pág. con 93 grabados, ricamente encuadernado.—*Precio, 20 pesetas.*

Pedidos a esta Administración: Apartado, 158.—Valencia.

Carta de América



Una crítica de la Teosofía



I

Las conferencias recientemente dadas en Buenos Aires por el profesor indio Jímarasada han obtenido un gran suceso. Multitud de adeptos e investigadores curiosos acudieron a estas reuniones, ávidos de escuchar la autorizada palabra del maestro teósofo. En verdad, los que pudieron oír al insigne conferenciante conservarán una impresión que puede ser contribuya a modificar sus ideas personales, las cuales, para la inmensa mayoría de los que saben meditar sobre las eternas inquietudes espirituales, no son más que el reflejo de otras ideas ya expresadas por los verdaderos instructores de la humanidad: filósofos, sabios y sensatos en la más amplia acepción de la palabra.

Esta influencia de los que saben pulir y presentar la producción cerebral, crea la sugestión colectiva, la impregnación ideológica del conglomerado social por las potencias individuales.

Las masas van siempre en busca de un Mesías, de orientaciones inmediatas o mediatas, que le suministren una regla de felicidad o les asegure los medios para alcanzar la beatitud.

Yo quiero solamente generalizar mi crítica, tomando como base la generalización expuesta por el profesor Jímarasada a los lectores del diario socialista *La Vanguardia*.

¿Qué es la Teosofía?

Su conocimiento no ha sido sólo obra de estos tres últimos siglos, época de la ciencia moderna. En la India, en Grecia, en Egipto, hubieron hombres que escrutaban la Naturaleza y descubrían sus leyes. Estos hombres estudiaron lo oculto y el secreto de la naturaleza humana. Ellos descubrieron que el hombre es algo más que un cuerpo perecedero.

Todas estas verdades acumuladas conducen a la conclusión que existe un Principio de Vida, una Consciencia que dirige el Universo.

A este Principio, unos le han llamado "Dios"; los otros hanle denominado Ley. La denominación tiene poca importancia, desde el momento que llegamos a conocer una verdad, y en la ocurrencia ésta: que este Principio obra igualmente en la naturaleza humana.

En la Grecia antigua, dicho Principio fue llamado "Tos", y en la India, "Brahma"; en este último país, el conocimiento de su modo de acción ha sido nombrado "Vidya".

En Grecia, este conocimiento se denominaba "Sofía"; de ahí deriva la palabra "Teosofía", introducida por Jamblique de Alejandría.

Podemos servirnos del término "Ciencia" como de otro cualquiera. Esto poco importa. Lo que importa es reconocer que:

- 1) Este Principio no obra al azar, sino a manera de ley, y su acción es dirigida en el sentido del progreso y de la belleza.
- 2) Este Principio existe en el hombre, y constituye la fuerza de todo cuanto de ideal contiene la naturaleza humana.
- 3) Siendo la naturaleza del hombre cosa inseparable de este Principio, el hombre es inmortal. Es un alma y no un cuerpo.

Reconocidos estos hechos, el nombre ya no nos interesa.

Sobre la mayoría de los entes de casi todos los pueblos, la palabra "Dios" suscita en las mentes, de preferencia a ningún otro término, la idea de este Principio mejor. Y es en este sentido que yo me sirvo de él. Yo no entiendo por esto ningún dios antropomórfico. Aunque, no obstante, el vocablo "Dios" aplíquese tanto al concepto personal como al concepto impersonal de Dios.

Las concepciones teosóficas demandan, en principio, varios años para ser bien comprendidas del público. Este trabajo debe comenzar por la lectura y el estudio. Cuando una sección nacional se arraiga, entonces empieza la obra reformadora de la Teosofía. En la India, esta

obra se prosigue en todas direcciones; hay escuelas y establecimientos de educación en favor de los derechos de la mujer; trabajadores y hombres de toda especie de cultura y filiación política.

El socialismo, penetrado de amor, es de la Teosofía.

Pero existe, asimismo, un socialismo de odio, que propaga la animosidad, en lugar de la comprensión. El socialismo de la primera especie y la Teosofía son idénticos en su natura.

* * *

En el mismo diario, el profesor de historia de la Filosofía doctor Alejandro Korn ha expuesto una tesis de controversia, afirmando que:

“La Teosofía pretende satisfacer la ansiedad metafísica y religiosa del Occidente por medio del misticismo oriental. Pero ella ama más el misterio que la claridad, y prefiere lo ambiguo a la precisión.

Su cuerpo de doctrina puede tomarse al pie de la letra; podemos atribuirle un sentido figurado; le podemos considerar como simplemente simbólico o como la vestimenta profana de ocultas verdades reservadas a los iniciados.

Ella se adapta a todas las mentes y tolera todas las interpretaciones.

Ella sugiere bastante más de lo que no entrega, y promete mucho más de lo que ella sabe. Ella mantiene sus adeptos en la permanente expectación de una revelación que no tiene nunca lugar.

Le falta el prestigio de un fundador genial, y la originalidad brilla por su ausencia. En efecto, esto no es más que una sabia amalgama de los más heterogéneos y contradictorios elementos.

En su concepción ecléctica, Jesús armoniza con Buda; Platón y Pitágoras tienen su sitio, sin excluir a Spencer ni Le Dantec.

En este extraño sincretismo, el más sectario fervor teísta concíliase con el teísmo de los budistas.

No obstante, este conglomerado se unifica, gracias a una complicada exégesis escolástica, que emplea preferentemente los términos de la vulgar mitología de la India, aunque ocasionalmente ella refleja las más altas especulaciones de la mitología oriental.

El objetivo de esta laboriosa compilación

es de despertar en la consciencia la noción de superiores planos de existencia, frente a los cuales, el plan empírico del mundo que nos corresponde en reparto es un episodio molesto, pero insignificante, en realidad, despreciable, del que debemos emanciparnos, con la seguridad de encontrar para nuestra vida horizontes más amplios y libres. Para llegar a este resultado, la Teosofía no sólo recurre al espiritismo y al ocultismo, sino a toda suerte de prácticas ejercidas por fakirs y taumaturgos. Sin embargo, el medio esencial es la actitud mística que implica la comunión del individuo con lo absoluto.

Por caminos quebrados llegamos, en fin, al último secreto: la identificación del “atman” individual y de lo universal, es decir, la deificación del hombre. El error de los neófitos, cuando entrevén esta verdad de una manera nebulosa, consiste en creer que esta teogonía les dotará de excepcionales poderes sobre la tierra. Grave error, ya que el primer acto de deificación es precisamente aniquilar este mundo, en el cual no vale la pena accionar. Es verdad que al mismo tiempo anonadamos la personalidad humana. Pero no nos alarmemos: el “nirvana” es la beatitud.

El valor de la Teosofía es, ni más ni menos, igual a todo otro sistema teológico que pretende aprisionar el sentimiento religioso en fórmulas, dogmas y ritos. Pero el culto externo es, para gran número de personas, una necesidad psicológica. La difusión de un culto puede únicamente interesar a quienes lo profesan.

Los miembros de una secta tienen la costumbre de calificar de supersticiosos a los de la secta de enfrente.

Los que no pertenecen a ninguna secta se limitan a generalizar el término precitado.

Los teósofos oponen a esto el valor ético de su doctrina. Pero su oposición no tiene valor. La ética teosófica no tiene nada de original; es la continua cantinela de todas las religiones pesimistas, que condenan este mundo y nos consuelan con la esperanza de un mañana mejor. En espera de ese día, nos aconsejan humildad, obediencia, la comprensión de lo incognoscible; nos invitan a que nos desprendamos de todo lo terrestre y fijemos nuestro pensamiento y nuestra afección en “algo” superior. Esta negación de los valores vitales y culturales es inhumana. Sólo una ínfima minoría

se dispone a cumplir el suicidio moral. Para el resto, una moral así concebida conduce, indefectiblemente, a la degradación de la personalidad, como podemos constatarlo en los pueblos de Oriente — donde está grandemente desarrollada la hipocresía —; y como es el caso de los occidentales, que desde siglos están meditando sobre las sublimes enseñanzas del sermón de la Montaña, pero sin jamás practi-

carlas. Nosotros sentimos la necesidad de renunciar a la mentira y proclamar una ética que afirme los valores humanos y exalte la acción. Y no será la Teosofía quien nos aportará semejante ética.

COSTA-ISCAR

(Traducción de F. Ocaña.)

(Continuará.)



CRÓNICA

La Itálica mísera...



Podía decirte, amigo, ante esa mísera ciudadela derruida, las estrofas célebres de la Itálica. Como aquélla, ésta fué un tiempo famosa y como aquélla hoy es escombros, recuerdos de mísera desolación, nada... Ya fué abatida esta agrupación inmensa de errabundos que animaban con su algazara la falda del Montjuich tenebroso; fué abatida por los convencionalismos sociales enemigos irreconciliables de los medios míseros, que acompañan forzosamente al desarreglo social en sus múltiples aspectos y que nos muestran el realismo, la evidente relatividad ética que traen consigo las modernas tendencias democráticas, que decoran a los tinglados de la política contemporánea.

Ese hacinamiento de escombros chamuscados, de enseres (?) destruidos, de paredones erguidos en terquedad ridícula de resistencia, esos objetos varios de que está sembrada la llanura y que cubren la yerba que retoña y dan la sensación de una *debâcle*, no es producto de ninguna invasión, ni de ningún ciclón pavoroso: es tan sólo obra de la tempestad pasionaria humana, que no respeta muchas veces al débil en sus últimos reductos, en sus más elementales derechos de existencia.

Corren tiempos en que ha de mostrarse que los filósofos y sociólogos, los voluntariosos humanistas y los revolucionarios en general han pasado vigílias y se han sacrificado para algo... En la noche, si un hombre se deja caer rendido por el sueño, delata que no tiene ho-

gar; en el día, si un hombre presenta al que pasa su faz hambrienta, conmueve a muchos y a todos da la sensación de lo poco que hemos adelantado, a pesar de todo, en esto de la equidad y la filantropía. En marcha, todo esto, si bien sigue existiendo, no es tan notorio. ¡En marcha, pues!—dice el Estado—, y la marcha se perpetúa tristemente por pueblos y ciudades en caravanas trágicas y elocuentes...

Será así, aunque sea peor, mientras no tratemos de descubrir el fondo de las cosas y de los hechos. Los Estados han de desplazar a quienes con razón o sin ella traten de patentizar que súfrese igualmente hoy que ayer en el pueblo la falta de pan y justicia, y que para esto no es óbice al que el Estado acoja en su seno —porque así se usa— la corriente democrática y su otra compañera de farándula no menos pizpireta: la transigencia...

Transigencia era lo que pedían estos pobres seres al buen curioso que se aproximaba a estos lugares, de paso para la fábrica, de paso para la urbe o para observar su triste vida intencionalmente. Ya se sabía que nadie ama el estado de indigencia, ni el más abyecto. Todos en silencio respondíamos a sus silenciosas explicaciones y convergíamos en el fatalismo de la vida, de esta nuestra vida que nos empeñamos en perdurarla, a sabiendas de que va mal encauzada...

Había, empero, servilismo y ramplonería en sus manifestaciones, y esto para con nosotros

sus iguales. Ya es sabido lo que el servilismo ha logrado del Poder. Siempre han despreciado los autoritarios y los hombres rectos el servilismo; las payasadas reverentes. Esto, acaso, haya sido lo que hizo derivar a fatalismo lo que ya constituía una tremenda desgracia.

Tipos éstos de doble miseria que nos recuerdan figuras perfiladas por poetas en palabras hirientes, en conceptos duros; por poetas —¡oh Shum querido!—, en líneas firmes y en tonos sombríos, de tenebrosidad. Los poetas de la idea fueron inexorables, generalmente, para con estos parias que empañan todo anhelo sublime, con su acción reptilesca de escritas irredimibles. Peldaños de un trono omnímodo y arbitrario, gustosos en servir de asiento al pie que los mancille, y en ignorar las bondades que encierra para con la humanidad el anhelo de los otros, su anhelo, no expresado, de que se reparen los errores y que sea un hecho un mañana de bondad y de justicia. Son los que, impotentes para aguantar la miseria, y ante el sarcasmo de la vida, no hicieron frente a este sarcasmo sino que nutrieron sus filas.

Estos quedaron; los vemos por aquí procurando olvidar su mísero pasado, con míseras y reptilesas payasadas, capaces sólo de hacer reír a los fuertes, pero que acarrearán fatalismo para los débiles.

Otros se fueron, los más probab'emente, débiles también, pero no viles, y caminan por la vida con sus últimas reservas de dignidad y de virilismo. Caminan, que en marcha no ha lugar a enseñar lágrimas, y se es fuerte y esperanzado; harán, por los caminos del mundo, la oposición que ha menester a los sentimentales irredentos, que hablarán del reverso de la medalla, de la otra justicia y demás, siguiéndoles con la mirada hasta perderlos en lontananza, mientras ellos caminan y caminan, resignados, en un éxodo desesperante. Harán sus chozas en otros lugares; se refugiarán en las playas solitarias, o abrirán las entrañas de la tierra con sus uñas, como trogloditas, y volverán a turbar la canción melancólica de un jovenzuelo, o la égloga lenitiva de una romántica de la chusma, el degenerado imprescindible, que con sus voces cavernosas, alcohólicas, acallará el llanto de sus nenes que tienen hambre y frío.

Están lejos, y ya la tristura de sus vivires ha quedado esfumada en este hacinamiento mal-

oliente y en esos paredones erguidos, ya vacilantes, que motean la falda del célebre Montjuich, el cual parece ampararlos de los hombres poderosos, como si le hubiera enternecido la pobre condición de los hombres débiles...

LEÓN SUTIL



JÁCARAS

Un hombre emborracha a un niño.

Sinvergüenza redomado
que sé que has emborrachado
a una criatura inocente,
haciéndole que bebiera
en una *tasca* cualquiera
medio litro de aguardiente:
le diste *coba* al muchacho,
lograste verle borracho
y dijiste: “¡Ya es un hombre!...
¡Ay, respetable jumento!
¡Tú no sabes cómo siento
no saber cuál es tu nombre!
Si tú lograste, mal bicho,
llevar a cabo el capricho
de ver a un chico beodo,
¿por qué no logro mi anhelo
de verte ir a la Modelo
atado codo con codo?
Para premiar esa hazaña,
¡oh, distinguida alimaña!,
ahí va una propuesta fina:
que la airada muchedumbre
te dé a beber una azumbre
de aguarrás y gasolina.
Si eres borracho por vicio,
y eren granuja de oficio,
¿qué mayor gloria que verte
con las entrañas quemadas
y las venas abrasadas
por una bebida fuerte?
Tú, que, en prueba de cariño,
has emborrachado a un niño,
creyendo hacer una hombrada;
tú, chulo, que cada tarde,
en un generoso alarde,
abonas *la convidada*;
tú, que vas a la taberna,
donde alborota y alterna
el hampa de los Madriles...
¡tú pruebas que todavía
hay escasa Policía
y pocos guardias civiles!

TARTARÍN

Los Héroes del Progreso

Los hermanos Montgolfier

Inventores del globo aerostático

La estirpe de los Montgolfier es muy antigua en la historia, alcanzando sus anales hasta la Edad Media. En 1147, un tal Juan Montgolfier estuvo como cruzado en Palestina, donde fué hecho prisionero y llevado a Damasco. En esta ciudad tuvo ocasión de aprender la fabricación de papel, y cuando pasando los años logró huír, le aprovecharon los conocimientos adquiridos durante su esclavitud. En Francia fundó una fábrica de papel, que fué de las primeras de Europa. En tan lejanos tiempos los Montgolfier dieron ya pruebas de espíritu emprendedor, interés por la técnica y capacidad para buscar nuevas sendas.

Hacia los años de 1700, un miembro de la familia, Raimundo Montgolfier, se estableció en Annonay como fabricante de papel. De los diez y seis hijos que tuvo, uno llamado Pedro se encargó de la fábrica, que llevó a estado de gran prosperidad. También él tuvo diez y seis hijos, de ellos dos que merecen juntos el honor de ser llamados inventores del globo aerostático: eran José Miguel y Esteban Montgolfier.

El primero tenía una personalidad más marcada, y en general pasa él por ser el legítimo inventor. Sin embargo, la voluntad suya fué de compartir los honores con su hermano, si bien no es difícil establecer qué parte tuvo cada cual en el invento.

Ya desde niño demostró José un carácter original, y los que le rodeaban no lograban de ninguna manera dominarle. Era de un temperamento vivo y despierto, en sus resoluciones ligero unas veces y distraído e indeciso otras. Si bien poseía mucha energía y valor, se dominaba y se sujetaba al deseo de sus

padres; era humilde y tomaba con agradecimiento consejos y enseñanzas, pero no había quien le hiciera alejar un palmo de la senda que él creía había de llevarle rápidamente al éxito.

Su naturaleza rebelde no le permitió doblegarse ante la monotonía de la vida escolar, y no estuvo nunca en muy buenas relaciones con sus maestros. Principalmente en la ortografía estaba siempre atrasado. Tildáronle de perezoso, y se resintió tanto de este insulto, que no quiso aguantar por más tiempo la tiranía escolar. Como quiera que su padre no consintiera en que dejara los estudios, un día, a la edad de trece años, abandonó con todo sigilo la escuela con la intención, como él mismo contaba después, de vivir en la costa del Mediterráneo. Pero el hambre no le permitió llegar tan lejos y tuvo que emplearse en una granja. Los campesinos no tardaron en descubrir quién era y le enviaron de nuevo a sus padres, y después de una firme reprimenda, no tuvo más remedio que proseguir de nuevo en sus estudios. Poco después, casi por casualidad, llegó a sus manos una aritmética; profundizóse en ella y desde aquel momento cambió su manera de ser. Había descubierto su vocación: el estudio de las matemáticas, de la física y las ciencias naturales. Pero continuó en el mismo temple de antes y sólo se sentía a sus anchas cuando se hallaba solo.

De nuevo abandonó la casa de sus padres y se estableció en la ciudad vecina de Saint-Etienne, en un cuarto pequeño y mísero, donde pudo trabajar sin ser molestado. Allí se formó un laboratorio químico, y con ayuda

de algunos instrumentos y recipientes, produjo diversos preparados químicos, como sales y colorantes. Por más sencillas que fuesen sus armas de trabajo, Montgolfier logró subvenir a sus necesidades con la venta de sus productos, que él mismo ofrecía por las calles. Pasando el tiempo, ahorró incluso algún dinero y pudo emprender un viaje a París. En la capital francesa visitó varios institutos de instrucción y laboratorios, y en el café Prokope trabó amistad con hombres de ciencia, los cuales descubrieron en seguida las extraordinarias facultades que adornaban a aquel muchacho.

El padre de Montgolfier quiso interesar a José por la fábrica y le llamó a su casa. Pero no fué posible hacer nada del muchacho; tenía la cabeza llena de nuevos planes y no salía de sus experimentos. El padre se convenció de que era preferible dar mayor libertad a su espíritu emprendedor, permitiendo que trabajara a su gusto. En los años que siguieron fundó José fábricas de papel en Rives y Voiron, donde aun hoy día florece la industria del papel.

Esteban, que tenía cinco años menos que José, poseía, como éste, grandes aptitudes, pero era más quieto y tenía el cerebro más equilibrado. Estudió para arquitecto, pero cuando José abandonó la fábrica de su padre, se encargó Esteban de la dirección de ella.

José, quien desde muy joven había comenzado a especular acerca de los medios que tenía el hombre para elevarse en el aire, enteró de los planes a su hermano y consiguió interesarle por ellos. Estudiando un libro de José Priestley acerca de las diferentes atmósferas, estudiando los movimientos de las nubes y de las columnas de humo y realizando diferentes experimentos, fué acercándose poco a poco a su objeto; pero lo que se cuenta acerca de los detalles del desarrollo del plan no es más que leyenda. La anécdota de que Esteban vió un día cómo una camisa que había sido tendida a secar era hinchada por el aire caliente que venía de la chimenea, y que después tomó un globo, lo colocó sobre el humo, con la abertura abajo, lo soltó y vió cómo se elevaba, apenas puede ser considerada como verdad histórica.

Parece que José realizó el primer experi-

mento satisfactorio en 1782, durante una estancia en Aviñón. Sea como sea, escribió desde allí el 12 de noviembre de 1782 a su hermano: «Disponte a ver la cosa más maravillosa de este mundo.»

Los honores y la fama abrumaron a no tardar a los inventores. La Academia francesa de Ciencias, que recibió una relación detallada de las pruebas de Annonay, les nombró miembros correspondientes. Esteban, que se dirigió a París para disponer un vuelo, fué distinguido con la concesión de la orden de San Miguel; a José le otorgaron una pensión de mil francos. Su anciano padre fué elevado a la nobleza, y en una fiesta celebrada en París las duquesas de Chartres y Borbón coronaron los bustos de los Montgolfier, cantándose un himno compuesto para aquel momento. Después de las dos famosas elevaciones del globo en París, en los días 19 de Septiembre y 21 de Noviembre, la ciudad de Lyon invitó a José Montgolfier a efectuar allí una ascensión, y cierto miembro de la Academia compuso una estrofa que puede traducirse de la siguiente manera:

«Cerrado parecía el camino al mundo brillante del espacio, pero Montgolfier nos ha enseñado a volar con las bandadas de pájaros, a seguir al águila de Júpiter en sus viajes inquietos; la humanidad, con ello, se ha acercado a los dioses.»

Este verso fué colocado como inscripción sobre un globo gigantesco, con el cual José Montgolfier subió el 19 de enero de 1784 junto con otras seis personas. Una de ellas no estaba invitada, pero saltó en la barquilla del globo en el momento en que éste había comenzado a elevarse.

En los centros científicos se enfrió muy pronto el entusiasmo por los hermanos Montgolfier. Creyeron los hombres de ciencia que el globo inventado por el profesor Charles era más perfecto que el globo aerostático, y la teoría expuesta por los hermanos Montgolfier, de que la atmósfera obtenida por la combustión de paja y lana tenía una naturaleza «eléctrica» especial, que hacía subir al globo, demostró que su cultura científica no era muy grande.

No podía ser de otra manera, sino que tan pronto como los primeros entusiasmos hu-

bieron pasado, pensó la gente que faltaba una cosa importantísima para que los globos pudieran seguir «al águila de Júpiter»: un timón. Los hermanos Montgolfier, a semejanza de muchos otros, intentaron solventar esta dificultad. En una carta escrita en 1787, dice uno de los Montgolfier: «Creo firmemente que nuestros nuevos planes darán resultado. Si yo no estuviera seguro de que nuestras esperanzas se han de ver cumplidas, no habría sacrificado dos años enteros en estos trabajos.» Una carta de la esposa de Esteban demuestra que no estaba contenta de su marido porque se dedicaba tanto a estos proyectos, antes de haber recibido una recompensa adecuada a sus trabajos anteriores.

La revolución, con todos sus enigmas, debía llevar a los dos hermanos a pensar en otras cosas. Su anciano padre murió en el mismo año en que la cabeza de Luis XVI cayó bajo el hacha del verdugo. José salvó con peligro de su propia vida a varios de los condenados a muerte por el tribunal revolucionario. El nombre de Esteban Montgolfier figuraba en las listas de condenados a muerte; pero sus fieles trabajadores consiguieron salvarle la vida. Sin embargo, aquellos días de angustia no habían dejado de trazar un surco en su salud; se acentuó un dolor cardíaco que hacía tiempo sufría, y él mismo se dió cuenta de que no viviría ya mucho. No quiso morir en París, la añoranza le atraía a su patria, y se puso en camino de Annonay, adonde no consiguió llegar. Murió en el camino, el 2 de agosto de 1799.

José Montgolfier sufrió un rudo golpe con la muerte de su hermano. Abandonó todos sus ensayos relativos a la aerostación y tampoco quiso ocuparse más de la fabricación de papel. Más tarde realizó otros inventos, de los cuales el más importante fué el sifón hidráulico.

Este invento, al cual el mismo Montgolfier daba mayor importancia que al del globo aerostático, fué recibido al principio con gran escepticismo. Cuando la relación fué leída en la Academia, uno de los miembros, el abate Bossut, exclamó indignado: «La afirmación que el señor Montgolfier hace, está en contradicción con los principios fundamentales de la ciencia. Es imposible que el agua por sí

misma se eleve más arriba que su propio nivel; la teoría sostenida por el señor Montgolfier es completamente errónea; si fuera verdadera, tendría por consecuencia la posibilidad del movimiento continuo, cosa que hace tiempo todos han rechazado por imposible.» Pero José Montgolfier dejó que hablara y se limitó a comunicar a la Academia que el aparato estaba a la disposición de quien quisiera verle en su fábrica de papel de Annonay. Invitó a la elevada y sabia corporación a que enviara representantes, entre los cuales deseaba se hallara Bossut, para que inspeccionaran el invento.

La delegación fué nombrada y Bossut figuraba en ella. Cuéntase que el abate se había colocado frente al caño por donde debía salir el agua y que José Montgolfier, al poner en marcha su aparato, le dijo: «Haga el favor de retirarse a un lado, porque por donde usted está saldrá el agua.» Pero Bossut se negó, obstinado, a moverse, y cuando el aparato comenzó a funcionar, exclamó burlescamente: «Sí, tic tac, tic tac, esto lo hace muy bien, pero más no puede.» Apenas hubo terminado estas palabras, cuando un gran chorro fué a dar sobre la calva del pobre académico. Si bien no tuvo más remedio que confesar su error, Bossut se dió por ofendido y se negó a firmar el protocolo en el cual los académicos confirmaban lo que habían visto. Los demás, entre los cuales se hallaba Laplace, estamparon su firma y felicitaron efusivamente a Montgolfier.

En 1810 cumplió José Montgolfier los setenta años de edad. Al principio del verano sufrió un ataque de apoplejía, que le privó de la palabra. Restablecido, pudo dirigirse al balneario de Balaruc, cerca de Montpellier, donde murió el 28 de junio de 1810. En el centenario de la primera ascensión del globo, se descubrió un grandioso monumento en memoria de los dos hermanos, cuyos generosos esfuerzos dieron tanto empuje al desarrollo de la técnica.

La Muñeca

Drama en tres actos, por F. CARO CRESPO.
Forma un elegante tomo de más de cien páginas.
Precio, 1'50 ptas. Pedidos a esta Administración.


Crónica social


EL HOGAR DOMÉSTICO




Los debates sobre higiene racial ponen sobre el tapete de la actualidad los problemas candentes del hogar doméstico. Padecemos, tocante a esta cuestión, un espejismo lamentable. Lo esquemático de una crónica periodística nos impide presentar una visión del hogar en forma tal que quedasen bien delineados los defectos fundamentales de que adolece. Pero no es difícil abocetarlos.

Si estudiamos sin gafas líricas la actual familia humana actuando en su medio doméstico, hemos de reconocer con ánimo sereno su atraso evidente. Sea el hogar pobre, sea el hogar rico, hoy la familia está incapacitada para dar al mundo hijos eugénicos.

El hijo selecto es obra delicada, labor de artífice, que requiere genio y circunstancias favorables a su óptimo despliegue. La eugenesia y la puericultura reclaman esfuerzo conjunto y aportaciones ricas de varios dominios científicos que no están ni pueden estar al alcance de una sola familia, por acaudalado que sea el matrimonio que la constituya.

Para la confección del "pedígree" o historial genético de un niño se precisa la inteligente colaboración del eugenista, del tocólogo, del puericultor, del pediatra, del psicólogo, del pedagogo, unidos y hermanados para que los afanes de la madre no experimenten las quiebras constantes que son inevitables hoy en el medio casero, comúnmente conocido por el "hogar doméstico".

Apuntemos primero el período de lactancia, que requiere una técnica comprensiva y paciente, incapaz de ser realizada por madres indoctas, aunque en ellas se acusen vigorosos los rasgos carnales de la maternidad física. Y es que no basta en la mujer el triunfo de la zoolo-gía para el logro de la maternidad verdadera y plenaria.

Apuntemos, todavía, otro problema osten-

sible. De ese fundamental período del lactante arrancan los procesos normativos de la cultura integral del niño. El lenguaje mismo—obra que exige primores de celo y de competencia en toda madre—depende en buena parte de la lactancia: si ésta se efectuó normalmente, la palabra brotará en el niño como una flor mental exquisita que sale a tiempo y con natural lozanía. Y lo dicho puede aplicarse al aprendizaje de andar y al despertar intelectual del niño por el adecuado ejercicio de los sentidos corporales.

La madre consciente será aquella que sepa dar a luz un hijo sano y que una vez nacido sepa atender al despliegue material del mismo, sin la menor merma de las zonas energéticas del espíritu. Antes bien, cuidará de ejercer sobre el recién nacido la custodia integral de aquella vida, para que su desenvolvimiento adquiriera—como Platón decía—toda la belleza y perfección de que sea susceptible.

Hoy ninguna madre puede llevar a cabo una investigación minuciosa y acabada de su hijo en el hogar doméstico. Hoy tampoco ninguna madre puede practicar en el seno de la familia la puericultura integral. Es más: aun en el raro supuesto de que la mujer poseyera la cultura, la vocación y las dotes naturales indispensables para la obra augusta de la maternidad consciente, no podría llevarla a cabo. No se olvide que también pesa sobre ella la administración del hogar.

Su papel de "ama de casa" la distrae en multitud de atenciones que, lejos de ser secundarias para la madre, son consideradas como preeminentes, hasta el extremo de que el propio hijo es pospuesto en sus cuidados al manejo del mobiliario, al arreglo de la ropa y a las manipulaciones culinarias, quehaceres propios de cualquiera que no sea la madre de familia.

Como si lo antedicho fuera poco, agréguese todavía, para totalizar la verdad, la carga del marido al que debe contemplar o soportar, según las circunstancias. ¿No reclama esto con urgencia una reforma? ¿Es posible que haya gentes tan ciegas que no adviertan estos gravísimos males caseros?

Y nótese que sólo presentamos a la consideración de nuestros lectores el aspecto de la prole normal y sana, sin entrar para nada en el terreno jurídico, donde cabría señalar también mayúsculos errores en la actual organización de la familia. Pero ahora nuestra preocupación única es el niño que nace y que tiene derechos que son a diario escarnecidos por conciencias inconscientes o pervertidas.

Los procesos evolutivos de la humanidad son lentos, excesivamente lentos... Acaso haya obrado en ello como factor retardatario, inconsciente, la madre de familia, ajena hasta ahora a las hondas y vivas palpitaciones de la cultura y preocupada tan sólo en mantener vivo el fuego egoísta del hogar, limitado de horizontes y mezquino—cuando no absurdo—en su propio dinamismo interno.

En el actual estado de infrahumanidad—sociedad capitalista—en que vivimos, no hay más válvula de escape hacia la redención social que ese vislumbre de capacitación y emancipación de la mujer por obra de la maternidad consciente. Los que tenemos fe en el porvenir de la humanidad y preveemos la victoria de la cultura, nos place señalar las posibles rutas a seguir, y, llenos de esperanza, hundimos nuestro espíritu en el horizonte brumoso para gozar contemplando el futuro amanecer.

LUIS HUERTA

Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Monlau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

EN EL MUSEO DEL PRADO

Don Diego de Velázquez

Ante tanta grandeza, el alma siente
yo no sé qué dinástico derecho,
el corazón quiere saltar del pecho,
mientras se inclina, sin querer, la frente.

Brota la fuerza como de un torrente,
y de la Historia, ante el brutal despecho,
anhela el pobre corazón maltrecho
sostener, con el brazo, un Continente.

Velázquez tal excelsitud alienta,
que ante los ojos turbios se presenta
frente al imperio para siempre extinto,
como trazando la amplitud huraña
con el acero de Don Carlos Quinto
en rojos trozos del pendón de España.

Don Francisco de Goya

Claridad luminosa de los cielos,
transparencia del nácar en la bruma,
sedas a modo de impalpables velos,
líricos mantos de irisada espuma.

La regia virgen que cifrando anhelos,
ve la químera que en lo azul se esfuma;
mano con suavidad de terciopelos,
rostro que alienta y como flor perfuma.

Cada pupila del pincel de Goya
finge un diamante que una faz enjoya,
y fulgurando ante los siglos queda,
cual si el artista, en tumultuosos rostros,
plasmara en lienzos de flotante seda
la luz que vierten, al brotar, los astros.

Pedro Pablo Rubens

Edad de los punzantes epigramas,
de los amplios penachos y las golas,
de los ojos quemantes como llamas
y los labios lo mismo que amapolas.

Edad del fausto y de los bellos tramas
en las clásicas fiestas españolas,
cuando en los pechos de las regias damas
era el amor como olulantes olas.

Obra que es toda músculo y firmeza,
donde ríe el amor hecho hidalguía,
bajo un desbordamiento de belleza.

Y en todo lienzo del pintor galante,
hay—como una simbólica ironía—
un sátiro que sigue a una bacante...

ALFONSO CAMIN

EL TEMA DE ACTUALIDAD

Al Presidente Honorario de la Facultad Homeopática de Puebla C. Etc., Emilio Portes Gil, con todo respeto.—*Dr. Carlos López de Gabriel.*

¡Cuánto se ha escrito sobre alcoholismo! ¡Cuánto se ha combatido el alcoholismo! ¡Cuántas injusticias se han hecho queriendo o creyendo combatir el alcoholismo! ¡Cuántos impuestos se le aplica a comerciantes, fabricantes, productores, consumidores, etc., etcétera, queriendo combatir el alcoholismo! Con todo lo que se ha escrito relatando lo que en esta materia se ha hecho, podrían llenarse bibliotecas monumentales, más voluminosas que cualquiera de las existentes. Todos han creído poner el dedo en la llaga; todos creyeron que con sus esfuerzos matarían al monstruo; pero todo ha sido inútil. El monstruo está ahí, y más brioso que nunca.

Los hombres de ciencia, comprobando por sus descubrimientos y observaciones en laboratorios, hospitales, clínicas, manicomios, etcétera, lo nefasto que es el alcohol para el hombre, de cualquier color o raza, han creído también dar en el punto, divulgando sus caudales de conocimientos; pero no ha sido así: el alcoholismo aumenta cada día, porque el alcohólico es un enfermo, y ese engendra sujetos dipsómanos (deseosos de alcohol), pues así como se heredan las facciones de los padres, también se heredan los vicios e inclinaciones.

Los mentores o sacerdotes de todas las religiones han combatido en todos los tiempos la destemplanza o el hábito de abusar de cualquier placer; pero el vicio más nefasto y en el que menos éxito han tenido en estas verdaderas cruzadas, es el aminorar el vicio del alcohol en sus diversas formas o aspectos, ya sea de cerveza, vino, etc., etc.

Y tantos esfuerzos y desvelos para salvar a la Humanidad han sido inútiles. Al borracho, ya sea prohibiéndole, castigándole, encarce-

lándole o encareciéndole las bebidas, lo que únicamente se consigue es martirizar a él y a la familia; el borracho siempre sigue impertérrito, porque su estado de enfermedad no le permite volver atrás, porque el borracho es un enfermo, y mientras no se le cure esta enfermedad para que no sienta el deseo de beber, todas las medidas habidas y por haber son inútiles: el borracho seguirá emborrachándose, tal como pasa en E. U. con la Ley Seca.

Los legisladores, de la misma manera, aumentando los impuestos, se figuraron que si no desaparecía el vicio, por lo menos aminoraría o se limitaría en algo; pero ello ha sido en vano; el vicioso sigue consumiendo, más caro en verdad, pero no deja de emborracharse, y en este caso es peor, siendo la familia la que lo paga a costa de hambre y desnudez, pues el marido, mientras menos tiene, menos da, y los alcohólicos con mayor razón.

Otras autoridades han creído de buena fe que, cerrando las cantinas a ciertas horas, el consumo de bebidas sería menor; pero no ha sido así, pues entonces el marido le da orden a su mujer, la que debe obedecer, y si no le pega, de que con tiempo se le compre su provisión de líquido, y entonces sí que es peor, pues el marido, excitado por el alcohol, acaricia a su mujer con modales que muchas veces degeneran en la más bestial deshonestidad, la que es presenciada por los hijos, los que, si son de instintos precoces, siguen el ejemplo de los padres, y de ahí han venido los incestos de padres que han ultrajado a sus hijas y hermanos a sus hermanas, y tantas cosas, que mejor es no expresar, y que es la última afrenta que un padre puede hacerse a sí mismo, a sus hijos y a la sociedad.

Lo expuesto es muy poco comparado con todo lo que se ha hecho para atacar ese vicio, que engendra más tuberculosos, locos, epilépticos y enfermos de todas clases, y que, en el sentido más lato de la palabra, lleva más gen-

te a la tumba que las guerras más cruentas que la Humanidad haya presenciado.

A grandes rasgos hemos expuesto algo de lo infinito que se puede decir del alcoholismo y sus consecuencias, y también un poco de lo mucho que sin resultado para su eliminación se ha hecho. Pero nosotros, en esta corta exposición, decimos y sostenemos que mientras a los borrachos no se les trate como enfermos por su estado patológico, es inútil soñar con la eliminación del alcohol.

Un sinnúmero de métodos hay para curar el alcoholismo, y casi todos ellos son de resultados dudosos. En un país del norte de Europa se encierra a los borrachos, dándoles durante quince o más días solamente cubetas de vino con un pan nadando en él, sin darles durante el encierro ni gota de agua, como tampoco alimento alguno que no sea repetirles la cubeta de vino, cuantas veces quieran.

Otros remedios hay a base de fuertes drogas, que muchas veces, en vez de curar al bria-go, le empeoran, intensificando el estado de

irritación que el vicioso tiene en su aparato digestivo, con lo que se cumple aquello de que es peor el remedio que la enfermedad; y tan es esto verdad, que hay muchos alcohólicos que de toda voluntad se han puesto en cura, y con gran dolor para ellos y sus familiares, han visto, después de haber hecho sacrificios para comprar esas medicinas, que casi siempre son carísimas, que el resultado ha sido a la inversa, pues han tenido, después del tratamiento, más deseos de beber.

Terminaremos con exhortar a los Gobiernos y a los señores médicos de todas las Facultades y doctrinas, que estudien el modo de curar a los alcohólicos su deseo de beber, pues el tal no es más que un enfermo cuyos deseos pueden compararse a los deseos y antojos de las embarazadas, que así como curan éstos, pueden curarse los del alcohólico.

DR. CARLOS LÓPEZ DE GABRIEL

Médico Homeópata

San Luis Potosí (México).



¡PETRÓLEO!



Este es el título de un formidable libro de Upton Sinclair, traducido al castellano por Felipe Alaiz. Un libro enjundioso, agitado, diverso.

La miseria y explotación en los pozos petrolíferos de California; los magnates del petróleo, con sus intrigas crueles, devorándose entre sí para obtener la hegemonía en su productiva industria. Las luchas despiadadas entre el capital y el trabajo; el martirio de los militantes de los I. W. W. La política de rapiña de Washington—también presentada por otro hombre ilustre, actual candidato a la presidencia de la República de Méjico, el educador José Vasconcelos, en su *Raza cósmica*—, que no repara en apoderarse de un territorio, de una nación, y hasta, si preciso fuere, de un continente, con tal de satisfacer la ambición insaciable de sus capitalistas; las obscenas inmoralidades de Hollywood, que los empresarios llegan a come-

ter en las personas de las aprendizas cineastas, ávidas de llegar a rutilantes estrellas de la pantalla; la escandalosa expedición a tierras de Siberia al estallar la revolución rusa; la subvención americana a los generales y almirantes zaristas para derrocar el régimen soviético; el soborno de los presidentes de la República, sometiendo la política interior y exterior del país a los intereses de unos pocos, millonarios hoy, peones camineros ayer...

¡Petróleo! ¡Oro! He aquí la suprema aspiración de aquellos hombres de California, que no conocen obstáculos, y que igual horadan un terreno petrolífero que los muros de la Casa Blanca.

Todo ha de estar supeditado a sus ambiciones: desde el Presidente al último polizonte. Nada tiene vida duradera si no está de acuerdo con sus cajas de caudales. Toda la *gran demo-*

cracia norteamericana se convierte en un grande y escandaloso negocio. Todo marcha a gusto y sabor de los reyes industriales; de todo son ellos los amos, desde la Casa Blanca al rancho miserable y destartado.

¡Desgraciado del que ose moverse sin el beneplácito de los magnates yanquis! ¡Es irremisiblemente aplastado!

Las pocas flores idealistas que pretenden esparcir su aroma por el inmenso territorio, vense deshojadas impiamente por una caterva de gentes materializadas por el oro. ¡Abajo el idealismo! ¡Fuera los presidentes románticos a lo Wilson! ¡Venga un cara redonda, un ventru-do negociante, que llene nuestras cajas de caudales, dejándose de lirismos insustanciosos! ¡Viva el oro! He aquí el grito sublime que invade toda la Norteamérica presentada por Upton Sinclair.

* * *

Ved la silueta que traza Sinclair de un presidente:

“Ocupaba la primera magistratura el nuevo presidente, un hombrecito cuya fama se basaba en la leyenda de que ahogó una huelga de polizontes en Boston, cuando la verdad era que permaneció en el cuarto de un hotel, con un ojo hinchado, a consecuencia de un golpe propinado por un huelguista, y que no hizo absolutamente nada. El sueño de su vida, según decía él mismo, era regentar un almacén, lo que daba una idea exacta de su mentalidad. A consecuencia de no tener nada que decir, le llamaban el *hombre fuerte y silencioso*.”

* * *

También tiene Upton Sinclair en su libro conceptos sobre el amor dignos de subrayar:

“Los amantes no pueden satisfacerse únicamente con el placer de los sentidos. Ha de haber afinidad de ideas y caracteres que impulsan a la acción. ¿Qué pasa si el hombre quiere leer un libro, mientras la mujer desea ir al baile?”

Más hacia el final del libro, en la página 538, y en un diálogo de amor entre Raquel y Bun, dice la muchacha, ante la propuesta de casamiento hecha por el joven e inquieto Bun:

“Lo único que deseaba era saber si me quie-

res, y ya lo sé, Bun. ¿Qué me importan los clérigos y los jueces?”

* * *

Imposible dar una idea, ni siquiera aproximada, del valor de este gran libro que nos presenta a toda la sociedad norteamericana, con sus vicios y maquiavelismos. La pluma no puede reproducir, ni remotamente, la impresión recibida con su lectura.

Recomendamos su lectura, para que sea el propio lector quien halle en sus páginas emotivas la sensación de descubrir cosas nuevas, con el hallazgo seguro de ideas sustanciosas y de gran provecho. ¡Es un gran libro!

DELAVILLE



ACABA DE APARECER

ANISSIA

Por León Tolstoi

La histórica narración de Anissia, la campesina rusa que apura hasta las heces toda la amargura de una vida llena de sufrimientos físicos y morales, atrae al lector desde las primeras líneas, haciéndole vivir horas de intensa emoción y de angustia. Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra, se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido.

Con ser mucha la fantasía del genial escritor, que en este caso sólo ha vestido con su ropaje literario, pulcro y ameno, el relato de una existencia azarosa, no hubiera podido, según él mismo afirma, superar en emoción e interés la novela palpitante, vívida de Anissia, llena de amargos sinsabores que revelan, desde el punto de vista psicológico y social, cuán absurdos y crueles eran las costumbres y los prejuicios de la vieja Rusia.

Un libro que una vez leído guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.

De esta obra, jamás publicada en español hasta ahora, se ha hecho una reducida tirada para satisfacer las ansias de los lectores de ESTUDIOS, que vieron interrumpida, contra nuestro deseo, su publicación en las páginas de esta Revista.

Precio, 3 pesetas. - A corresponsales y suscriptores, el 25 por 100 de descuento.

Pídala hoy mismo, antes que se agote la edición.


Autores y Libros

G O G O L

Gogol es uno de los primeros grandes novelistas que florecieron en Rusia durante el siglo XIX. Su obra *Almas muertas* es la creación novelesca más señalada de su época, no sólo de Rusia, sino en toda Europa. Para encontrar libros de tanta enjundia, de tan plena significación, tan henchidos de humanidad, es preciso dar un salto hacia atrás, de siglos. O un salto hacia adelante, de algunos lustros. En *Don Quijote* se hallan muchas de las raíces de *Almas muertas*. En las geniales novelas de Dostoievski continúa la grandeza, superada ya, de Gogol. En su tiempo, Gogol era el más grande. Sólo un escritor francés de primeros del siglo XIX puede ser comparado con él: Stendhal. Nadie más. Otros alcanzaron más fama. Hoy, con nueva luz, se advierte que era inmerecida, que estaba asentada en cosas exteriores. Menos famosos, Stendhal y Gogol, pero creadores de valores auténticos, el tiempo, con su transcurso, nos ha ido acercando a ellos y a sus cualidades eminentes y perduraderas.

Los méritos de la obra de Gogol son innumerables. Tuvo que abrir nuevos caminos. En efecto, Gogol es el primer gran novelista ruso del pasado siglo, siglo que, en creación novelesca, reserva la primacía para Rusia. Si en un principio este mérito pasó desapercibido, luego, cuando nuevos grandes novelistas florecieron en aquel país, se empezó a advertir cuánto había contribuido Gogol a tan asombroso fenómeno.

Dostoievski acaso pudiera haber surgido sin Gogol; pero un movimiento literario tan amplio, tan extenso, de horizontes tan ilimitados como el habido en Rusia en los últimos tiempos, sin el antecedente de Gogol, casi sería incomprensible.

De una de las novelas de Gogol, pequeña en extensión, pero importantísima en significaciones—*El abrigo*—, se ha dicho que parte todo el movimiento literario ruso moderno.

En efecto, todo conocedor de la literatura rusa sabe que, empezando por Dostoievski, no ha habido novelista ruso que no diga, en prueba de reconocimiento de los méritos de esa obra maestra de Gogol: "Todos venimos de *El abrigo*." Es decir, se afirma que *El abrigo* es el origen de cuanto después se ha escrito en Rusia; se afirma que esa novelita es la primera obra maestra con potencia suficiente para inspirar y originar otras creaciones de igual índole y naturaleza.

Si se piensa en la enorme cantidad de novelas maestras que en los últimos años del siglo XIX y en los que van transcurridos del XX se han escrito en Rusia, fácil será percatarse de la importancia y trascendencia de la obra de Gogol. *El abrigo* es, ciertamente, una novela maestra. Dentro de sus reducidos límites, hay todo un universo. De aquí su grandeza.

Como humorista, Gogol ha sido comparado con Cervantes, con Rabelais, con Molière. No hay la menor hipérbole en esa comparación. En todo caso, es favorable a los dos escritores franceses, sí no al castellano. El humor de Gogol está siempre atravesado de un calor humano que le salva de toda aspereza, llenándole, en cambio, hasta rebosar por doquiera, de esa emoción atribulada que nace de la amargura inevitable. En el confín de toda creación humorística verdadera, hay un sentimiento de humanidad impetuoso. Gogol es, acaso, quien más ahondó en ese aspecto del humor. Ni sequedad ni frialdad para los defectos humanos presentados humorísticamente; al contrario, profunda amargura que se resuelve, luego de la sonrisa, en algo muy parecido a un sollozo.

Leyendo *El abrigo*, es fácil notar estas características del humor de Gogol. Pero más aún pueden ser notadas en la lectura de *Almas muertas*, su obra eminente.

Almas muertas es, sin duda, una de las más

grandes novelas que se han escrito. Casi sin tema, con un argumento al parecer deshilvanado, Gogol va describiendo tipos, paisajes, pasiones, instintos, toda el alma rusa, en fin, con sus apariencias y sus realidades, con sus contradicciones y sus misterios. De una manera sencilla y límpida, escueta y sintética, va haciendo ver al lector, con una capacidad asombrosa y potente de intuición y de conocimiento, todas las complejidades y todas las enormes luchas interiores de los hombres de su país. El novelista, armado de los mejores resortes del artista y del pensador, ofrece un cuadro acabado, perfecto, en lograda sazón, de la vida rusa, de todo lo que es característico y peculiar de la vida rusa.

Tan certeramente se adentra Gogol en la psicología de los hombres de su país y del ambiente en que viven, que, siendo específicamente ruso el cuadro, adquiere categoría universal. Sólo así las novelas son verdaderamente grandes; esa es la cualidad primera de la grandeza de una obra de ficción. *Almas muertas* posee en grado sumo ese valor y ese rango; de aquí que sea una obra inmortal.

El arte ha de afincarse en el suelo de que nace. Su característica primera es dar idea cabal de la tierra en que tiene sus raíces. Luego, sus significaciones últimas deben dar plena sensación universal. Como un árbol, la obra de arte bebe la savia en su lugar propio, y no en ninguna otra parte. Pero al cuajar, como las ramas del árbol, naturalmente, se dirigen a todos los horizontes, la obra de arte eleva su esencia local a categoría universal.

Así todas las grandes novelas, obras de arte, que se han escrito. Su ambiente es local; sus resonancias, universales. *Don Quijote* es Castilla. La significación de *Don Quijote* vale para el mundo entero. Los amores inmortalizados en *Rojo y negro* nacen entre criaturas francesas, con costumbres francesas. Su grandeza, lograda por el arte, les hace naturales de todo el universo. El caso que se nos explica en *Crimen y castigo* ocurre entre rusos. El personaje principal de esta novela es un ruso típico. Pero el tema tiene trascendencia universal. *Almas muertas* es una novela rusa; mas sus significaciones últimas, de arte y de vida, tienen categoría valedera para todos los países. Tema local. Sustancia ilimitada. Ambiente típico de

un país. Rango de calidades universales. Eso es *Almas muertas*. Eso son todas las novelas eminentes.

Aparte del valor novelesco, *Almas muertas* posee otros muchos valores que el lector saborea con fruición en todas sus páginas. Hay en el curso de la obra gracia feliz, ironía, hondo sentimiento de humanidad, certera observación, atenta mirada a la vida íntima de los hombres, delicadeza para sus cualidades mejores y una censura comprensiva para sus torpezas; penetración nunca malograda, estilo límpido y bellissimo, en el que no hay parrafadas ridículas ni vana retórica; simplicidad de medios, preñados de sabor pristino; una prosa nerviosa, sugerente, llena de matices y relieves; paisajes y estados de ánimo descritos con unas breves palabras certeras; densidad de pensamiento; calor humano que pone emoción en todo, frases atribuladas que nos dicen la vida entera de un hombre, fervor siempre en sazón para hacernos comprender hasta aquellas cosas más extrañas a nuestro temperamento; una capacidad de simpatía que no se acaba nunca y que nos lleva a los escondrijos donde los instintos son los que mandan; caudalosa llama que arde purificando las torpezas de las criaturas, de las cuales, en último análisis, no son responsables. Todo eso se acumula, con fuego, con pasión, con conocimiento, en *Almas muertas*.

Seguimos a su aventurero protagonista en todas sus correrías; vamos conociendo, con él, sinnúmero de gentes: campesinos, nobles, militares, empleados; una muchedumbre varia, de diversa psicología, avaros unos, perezosos otros, activos los de más allá, habladores estos, ingenuos aquellos. Todo el pueblo ruso desfila ante nuestra vista. Al cerrar el libro, tenemos la plena sensación de haber adquirido un nuevo conocimiento inapreciable: el conocimiento de un pueblo lejano y muy distinto del nuestro. También, de paso, hemos advertido las semejanzas que con aquellas criaturas tenemos dentro de la diversidad. Algunas cosas, al saberlas, nos han producido dolor, como lo produce todo conocimiento verdadero.

La técnica de Gogol, su lenguaje, su estilo, son de nuestro tiempo. Todo ello, matizado, tiene capacidad de emoción sobrada para perdurar. Únicamente perdura lo extraordinario. Una novela sólo para hoy, pasado hoy ya

no tiene importancia. Lo que escrito ayer vale para hoy y tiene enjundia para valer mañana, entra en la categoría de lo extraordinario.

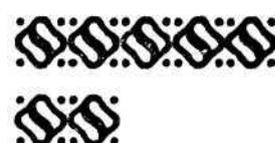
Toda la obra de Gogol ocupa lugar relevante en ese rasgo de esencia duradera. *Almas muertas*, su obra principal, se destaca señera, como una luz que refulgió ayer, que refulge ahora y que refulgirá perennemente.

Hay en *Almas muertas* resonancias de cosas remotas y de cosas aun inéditas. Asomarse a sus páginas es como abrir una puerta para vislumbrar significaciones de todos los horizontes, sin linde ni límite en el espacio y el tiempo.

DIONYSIOS



LA MATRONA



Que la maternidad es el ideal de la mujer, es cosa indudable: la maternidad es hasta instintiva; cuando niñas, son ya las muñecas el elemento de nuestro aprendizaje. Bien lo dice el insigne comediógrafo Martínez Sierra en su *Canción de cuna*.

"Jugando a las muñecas, aprenden a ser madres las mujeres." Y ello es muy cierto; con los *bibelots* y los aporcelanados *bebés*, las nenas que nacieron en ricos hogares, y con las típicas *peponas* de rojos mofletes y pintadas cabelleras las hijas de los humildes, todas jugaron con muñecas, y bien podemos asegurar que de todo el arsenal de juguetes, entre los que se deslizan los bellos años de nuestra infancia, son las muñecas las que a lo largo del tiempo recordamos con mayor devoción.

Ya mujeres, al unirnos al hombre que debe acompañarnos durante toda una vida, el deseo de la maternidad esclaviza nuestro ser, hasta que llega el momento en que señales fehacientes nos dan a entender que la Naturaleza ha proseguido en nosotras su ley de continuidad. Y entonces es cuando la fémica empieza a sentirse orgullosa de ser mujer.

Entonces es cuando la futura madre requiere los primeros consejos de esas mujeres consoladoras, alentadoras, sin las cuales tanta maternidad se hubiese malogrado: me refiero a las matronas, a las que nunca se recompensa bastante su eficaz intervención, ya que se nos antoja mezquino el honorario convenido, pues que debiera dárseles también la máxima recompensa, la gratitud y el cariño de la madre núbil.

Conservo unas líneas que en cierta ocasión me escribió el eminente ginecólogo doctor Recasens, en las que decía:

"La Maternidad es la más sublime de las

funciones; impedir que pueda producir la muerte, es labor, no sólo de sabios, sino de buenos."

Hoy prestan servicios incalculables, de los cuales dependen el porvenir de la vida del hombre, matronas, médicos, maestros; y no obstante, a esos iniciadores, propulsores y directores de la infancia se les considera hartamente retribuidos y recompensados entregándoles puntualmente sus honorarios.

¿Sabéis de algún niño que, ya mayorcito, haya tenido para la matrona que contribuyó con sus primeros cuidados a hacerle la existencia viable, alguna palabra de afecto, un saludo tan sólo de grato recuerdo?

Asimismo, ¿podéis decirme qué niños recuerdan con cariño a sus maestros primarios, a los que sembraron en sus almitas la semilla del nuevo hombre?

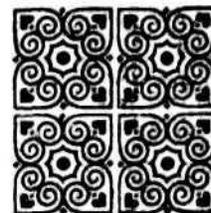
Esos niños no existen; pagaron sus padres en dinero aquellos servicios, y, fieles al egoísmo humano, creen ya su deuda saldada, como si el dinero fuese suficiente para el pago de una vida o de un porvenir venturoso.

¿Qué de extraño, pues, que yo pretenda conseguir para las dignas, para las humanitarias matronas, nuestras primeras veladoras en la vida, un algo de orden espiritual que valga más que los propios honorarios: el amor del niño?

Porque si los esfuerzos de la Medicina y la Puericultura dieron como fruto el salvar tantas vidas, la gratitud y el afecto de quienes a sus cuidados deben la existencia, las matronas y los médicos hallarían justificada su labor, de la que en todos momentos se habrán de sentir orgullosos, ya que ambos por igual soborearían la satisfacción del éxito.

REGINA OPISSO DE LLORENS

De la lucha antituberculosa



La profilaxia de la tuberculosis no es un problema de vacunas ni de sanatorios. Nuestra negativa se basa sobre el hecho real, evidente, del enorme fracaso de la organización oficial de la lucha antituberculosa basada exclusivamente sobre conceptos tan unilaterales y simplistas como son los que constituyen los fundamentos de la doctrina contagionista, comentada por nosotros en el número de ESTUDIOS correspondiente al mes de Marzo último.

Tan fracasada y tan inútil consideramos esta concepción del problema tuberculoso, que estamos seguros que, dado por supuesto se pudiera poblar el país entero de sanatorios y se vacunara en masa a todos los niños con las tan traídas y llevadas vacunas de Calmette o Ferrán, y aunque se aislara a todos los tuberculosos existentes, el problema seguiría en pie, imponente, como lo es en la actualidad, para demostrarnos hasta la saciedad lo engañoso e inconsistente de unas teorías médicas que todo lo basan en la lucha contra los microbios (desinfección, aislamiento, inmunidad artificial, medios completamente ilusorios) y en cambio se relega a segundo término el factor humano, que es el factor por antonomasia, y las causas de honda raigambre social que han contribuido a la decadencia y degeneración del hombre actual, como producto de un medio antinatural y, por lo tanto, a todas luces hostil a su salud. Dicho más claro: es irrisorio y sarcástico pensar en vacunas y en sanatorios costosísimos mientras haya familias que vivan confinadas en habitaciones sin aire y sin sol, que no dispongan de lo suficiente para alimentarse; mientras la adulteración y el fraude alimenticios sean hechos corrientes y consumados, y el alcoholismo siga haciendo sus estragos.

La extensión de la tuberculosis sólo se puede explicar por la intervención de una serie de causas sociales a cual más complejas—entre las cuales están las que hemos apuntado—y no por la acción exclusiva de un determinado micro-

bio. Por lo tanto, mal se puede basar la profilaxia de la tuberculosis en la destrucción quimérica de un bacilo universalmente extendido, y sí en cambio—lógicamente pensando—en una revolución o transformación de las costumbres que nos lleve a la realización de un más bello ideal humano, exento por completo de lacerias y de lacras físicas y morales, sin más que cimentar toda nuestra civilización sobre un conocimiento más exacto de los verdaderos fines del ser humano y de las leyes biológicas que rigen su vida.

En higiene, como en clínica, y como en toda ciencia, no existen cuestiones independientes unas de otras, sino que todas ellas son solidarias entre sí. Por esta razón no se puede hablar seriamente del bacilo de Koch como factor exclusivo de la tuberculosis, sin examinar antes los efectos que en el hombre de la ciudad tienen que producir la mala alimentación, la mala vivienda, la explotación en el trabajo, los vicios, y el conjunto de causas de orden moral y físico que influyen nocivamente en su vida. Lo estupendo del caso sería que, después de tantos motivos de depravación fisiológica como acosan al hombre moderno, se mantuviera éste en un estado de salud ideal, y más peregrino y estupendo resultaría aún la pretensión de llegar a conseguir ese estado de salud ideal sin deterrar aquellos motivos y sí tan sólo por la aplicación de un medio tan simplista como una vacuna o porque se aislen a todos los enfermos que se dicen contagiosos.

Desgraciadamente—y con una falta de lógica que asombra—eso se pretende en la actualidad. La moda médica—porque en medicina también hay modas como en los vestidos—todo lo sacrifica al aislamiento del enfermo. Un viento, dice Brunón, que sopla de los laboratorios, empuja a los Poderes públicos hacia este dogma: “Todo queda supeditado al desarrollo de los medios de aislamiento y confinamiento de enfermos tuberculosos y toda la actividad

científica de los "ases" de esta especialidad, en inventar fantásticas vacunas."

Todos los años se organizan Fiestas de la Flor para recaudar dinero con destino a estos lugares de aislamiento. El Estado y Diputaciones se gastan una buena cantidad de millones todos los años en el sostenimiento de flamantes instituciones con personal especializado, cuando lo más sencillo sería conseguir el aislamiento de enfermos tuberculosos en los hospitales ordinarios, sin más personal que el médico del mismo hospital—ya que para tratar esta clase de enfermos no se necesita ser un especialista y sí tan sólo poseer un buen sentido clínico. El sanatorio es sólo un medio de *educación* para aquellos enfermos incapaces de someterse a la disciplina de un tratamiento de cura libre en el campo e incapaces de hacer frente a las exigencias morales y materiales que este tratamiento requiere.

Algo más práctico nos parece en cambio el dispensario como institución en la lucha contra la tuberculosis, pero no con el carácter que hoy tiene de dispensador de medicamentos e inyecciones, que no sirven para nada en esta enfermedad, sino como medio de selección de enfermos y de control de los focos tuberculosos existentes en cada población, para suministrar aquellos medios que son de verdadera eficacia, tales como el subsidio por enfermedad, buenos alimentos, vivienda higiénica y soleada, separación de los niños de sus padres tuberculosos para trasladarlos a colonias en el mar y la montaña, etc., etc.

Es, pues, un error creer que el problema tuberculoso es un problema exclusivamente médico cuya resolución estriba en la creación de sanatorios y en la aplicación de vacunas. A mi juicio, fomentar esta ilusión en el público no médico es retrasar considerablemente la obra de verdadera profilaxia, la gran reforma deseada.

La tuberculosis, digámoslo una vez más, es un mal social, un mal de una civilización absurda que ha fomentado lo que Ludovice ha llamado los valores denigrantes del cuerpo. Es, por tanto, a la sociedad entera a quien incumbe defenderse contra dicho mal. A los médicos nos estará reservado, en todo caso, el papel de propulsores y de guías en la general movilización contra la tuberculosis, algo así como

los jefes del frente único contra este azote de los países civilizados. Ya veremos en otro lugar cuáles han de ser las líneas generales de esta gran reforma que preconizamos.

DR. AGUADO ESCRIBANO



La guerra es maldición

Amaba la tierra; su aldea era la patria,
Por la que bullía, por la que bregaba,
Sudando en la siega, temblando en la escarcha,
Llevando y trayendo pan a la tenada,
Del que come el rico que nunca trabaja;
De aquel que gabelas y atrasos se pagan,
Para los impuestos y para alcabalas,
Para cuanto quieran aquellos que mandan.

Un día terrible, sintió ira y rabia:
El hijo querido que más le ayudaba,
Llevaronlo en quinta las tropas armadas,
Dejándole triste junto a la besana,
Sin fuerza en los brazos *pa fincar la arada*,
Con yunta sobrero *encerrá* en la cuadra.

De guerra espantosa las gentes hablaban,
Contando los muertos que al moro causaran,
Destrozos en fincas, en tierras, en casas,
Por la prez y gloria de la patria amada.

Sencillo el labriego, de miedo temblaba,
Sufriendo de angustias que nunca soñara,
Sin ver el motivo, ni entender la causa
Por la que reñían, por la que mataban
Los que, de la tierra, la fuerza apartara.

Al fin, la noticia llegó en una carta,
Que el hijo, cautivo, por allá quedaba,
Y que muerto luego por cruel venganza,
Del moro en el suelo sin tierra dejaban.

¡Ay!, pobre aldeano, su alma atenaza
La pena más negra, más triste, más mala:
Y él, que siempre reza en la iglesia santa,
Blasfema hoy con ira, maldice con rabia,
La aldea y la tierra, su pueblo y la patria,
Por la que se muere, por la que se mata.

JULIO NOGUERA

LECTOR AMIGO: Si crees digna y eficaz la labor educativa de ESTUDIOS, ayúdanos, comprándonos un libro, a matar el déficit que la amenaza. Esta Revista no obedece a ningún interés particular, sino a un elevado y noble propósito cultural. Se sostiene de la venta de sus libros. ¡Ayúdanos con un pequeño esfuerzo para sacarla de la angustiosa situación en que se halla!

Desde mi atalaya

EL "PORQUE"

—No le quepa a usted la menor duda—me decía mi ilustre amigo G., hombre ducho en cuestiones psicológicas, avezado a la observación de los humanos caracteres—. No le quepa a usted la menor duda; lo que importa es la simplificación de la Ciencia. Los *científicos* gustan de embarullar las cosas simples. Academizan las soluciones diáfanas.

Callé. ¿Cómo iba a rebatir aquellas afirmaciones? Mi ilustre amigo G. es hombre de no escasa dialéctica. Pero, más que nunca, continúe con mis dudas. No me había convencido.

Y es lo cierto que no me atrae lo científico. Siempre he sentido miedo ante lo exacto. Para ser puntual he pasado mil angustias. Pero adivino en la ciencia dos caracteres marcadamente distintos: uno condenable y admirable el otro.

La Ciencia tiene algo de pedantería en sus afirmaciones sabias, en su aplomo, en su pretendida exactitud e inviolabilidad. A menudo vemos demostrado que A más B es igual a C , y proclamado que sostener lo contrario sería algo así como una herejía. Pero, con el andar del tiempo, viene a la palestra otro señor que, con el mismo aplomo y con idéntica exactitud, demuestra que A más B es igual a X , y que C es el producto de H más O . Entonces, los antiguos, los consagrados, claman al cielo, y se arma una batahola singular. Aquel novato es un charlatán, un advenedizo. Si tiene quien le haga *coro*, y no ceja en su empeño, será posible que la teoría nueva se abra paso, derrote a la vieja y sea consagrada luego como dogma inviolable. Hasta que salga otro advenedizo con otra teoría triunfadora. La guerra sin cuartel, los insultos y los anatemas podrían haber sido ahorrados por inútiles y por molestos. La teoría triunfadora habría hecho su camino y habría producido sus beneficios con bastante mayor comodidad.

Los *científicos* sufren la miseria del egoísmo. Una Academia es un círculo cerrado donde se

condimenta la vulgar comida de los sabios oficiales. Sus elucubraciones no les eximen de los imperativos del estómago. Y, claro está, defienden *el pan nuestro de cada día* y declaran la guerra santa a quien pretenda vulgarizar sus sentencias.

La Ciencia no puede ponerse al alcance de todas las mentes. Hacerlo así, ensanchar el círculo de los *científicos*, equivaldría a disminuir la parte proporcional de cada conjurado. Importa mucho conservar las prerrogativas.

Pero ¿será todo egoísmo en la ciencia y en sus sacerdotes? ¿No puede haber algo más? Porque hay algo por encima del estómago y del egoísmo. Hay la pasión noble, la adoración de lo elevado, la fe.

En todas las edades, la fe ha sido causa de sinnúmero de estropicios. Por la fe de Cristo se diezmaban las huestes infieles; por la fe de Mahoma se hundió el alfanje en los pechos cristianos; por la fe de Brahma, de Vishnú y de Siva se han cometido sacrificios espantosos; por la fe en las nuevas doctrinas redentoras, el pueblo levantó cadalsos; por la fe se volcaron tronos y se aniquilaron pueblos.

Puede que los *científicos*, los académicos, sean muy a menudo víctimas de su propia fe. Adoran su dogma; y más que su doctrina, sus procedimientos. No reniegan de lo nuevo, declaran fuera de la ley a los no ungidos con el óleo de la Academia. Ante todo, el título, la patente de sabio. Quien no la tenga deberá seguir las doctrinas que ellos establezcan. Y ser, sola y simplemente, un ignorante.

Pero, más allá de este egoísmo vituperable hay el afán de saber algo más, la inquietud, la duda. La Ciencia ha sido calificada de eterna ignorante. La frase es justa.

Se proclama una verdad científica. A renegón seguido la discuten, la miran, la analizan... hasta encontrar la duda inquietante. A más B es igual a C : aceptado. Pero ¿por qué la suma de A y B ha de producir precisamente C ? Ahí

está lo noble de la ciencia; ahí está lo humano, lo que lleva adelante el mundo de las ideas: el *porqué*.

El propósito de ir más allá, el afán de buscar el *porqué*, es laudable. La duda es el motor de los inventos; la duda mezclada con la osadía.

No precisa simplificar la ciencia. Conviene ir adelante, la mirada al infinito. Dudar, buscar, analizar. Esta es la noble desazón, la inquietud de la Ciencia.

Pero el fárrago de discusiones y de dudas produce la academización de las soluciones diáfanas. Uno y uno suman dos: clarísimo. ¿Porqué no serán tres? Y en seguida memorias inacabables y sesiones jeroglíficas: el misterio.

Más que la simplificación de la Ciencia, importa la democratización de las discusiones, airear las ideas. Aceptemos el estudio de lo nuevo, admitamos la posibilidad del acierto, aunque la flauta suene al resoplido del asno. Que no porque el aire provenga de un burro, dejará la flauta de lanzar el sonido.

—Me quedan mis dudas —amigo G.— Los científicos gustan de embarullar las cosas simples. Pero ello proviene tanto de su egoísmo como de su noble afán de ir siempre más allá. Exterminemos al primero y dejemos que sigan en su carrera hacia el *porqué*. Y, a ser posible, acompañémosles; que tienen algo de niño y necesitan, de vez en cuando, la conseja vulgar de la nodriza lugareña.

JOSÉ M. VILÁ



A todos nuestros corresponsales de América y Francia les advertimos que pueden efectuar sus pagos por medio del Giro Postal Internacional. Es ésta la más práctica, rápida y económica forma de enviar dinero.

Los giros diríjanse siempre de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158

VALENCIA

¡IMPORTANTÍSIMO!

Cada ejemplar de este número lleva una tarjeta de pedido «contra el déficit», con el fin de que los lectores y amigos de ESTUDIOS que quieran librarla de una muerte cierta, nos pidan el libro o los libros que les interesen de los publicados en las listas de las cubiertas.

Atraviesa esta publicación momentos difícilísimos, a causa del enorme déficit que constituye el mayor obstáculo para su desarrollo. Sabido es que una revista como ESTUDIOS, sin más ingresos que los de su venta es imposible que pueda subsistir sin la ayuda de quienes aprecien la labor cultural de sus páginas. Por eso rogamus que se nos ayude pidiéndonos libros. No pedimos un donativo, sino que se nos compre un libro; con ello, a la par que se difunde la educación y la cultura, se contribuye a matar la pesadilla del déficit, que ahoga todos nuestros propósitos, sin perjudicarse materialmente nadie.

Se opera actualmente en el mundo una transformación espiritual, determinada por la evolución ideológica que abre nuevos y amplios horizontes al concepto social de la humanidad. Preciso es que los amantes del progreso y de la libertad nos apresemos a una intensa labor de divulgación y de análisis, de investigación y de estudio. Esta revista, aunque modestamente, creemos tiene bien probado su criterio y su empeño en realizarlo. ¡No debe morir ESTUDIOS por falta de un pequeño esfuerzo de todos!



Las dos almas de nuestra época



Estudiando lo que nuestra civilización tiene de cristianismo y paganismo, quiere Guillermo Ferrero, encontrar la solución de si el individuo debe supeditarse al Estado o viceversa.

Desde luego que el resultado de las concepciones de nuestros antepasados tienen que repercutir en nosotros, influenciándonos para revestir el cristianismo o paganismo de nuestra época de las amalgamas sufridas en uno y otro a través de los tiempos transcurridos.

El mismo cristianismo tuvo que adaptarse y perder sus primitivas características, si quiso tomar carta de naturaleza entre los que quería conquistar; mejor dicho, al ser practicado en sus primeros tiempos, tuvo que sufrir aquellas modificaciones necesarias que todo lo nuevo sufre, al ser practicado por gentes sin preparación para ello.

Perdiendo el cristianismo buena parte de su primitiva doctrina, pudo extenderse; pero no llegó a conseguir la completa desaparición del paganismo, ni podía llegar a ello, ya que lo primero que hizo, para tener vida próspera, fué pactar con él y asimilarse buena parte suya.

Por eso la humanidad, a pesar de la extrañeza del autor, está por ahora condenada a jugar con las contradicciones, hasta que se dé cuenta de que éstas no proceden de otra cosa que de la carencia de un ideal que no se amolde a nosotros, sino que nos vaya haciendo dejar lo pasado, como se deja un vestido inservible o que dificulta nuestra marcha.

Precisamente, el no haber sabido perder nuestros atavismos, nos hace creer que la civilización moderna es la más rica, la más sabia, la más poderosa y la más humana de la Historia.

Nunca podríamos llegar a una afirmación tan absurda como ésta, si no estuviéramos influenciados por las consecuencias que el atavismo ha marcado en nosotros, haciéndonos ver que puede darse el nombre de civilización humana a la que deja morir de hambre a sus semejantes, a la que carga todo el peso de la

ley a quien roba por hambre y trata con todas las consideraciones a quien lo hace por avaricia, o por afán de explotación.

Hoy ya está fuera de duda, para muchos, el papel que el Estado representa en la colectividad y también si el individuo ha nacido o no para servir al Estado.

Pudo acertar, bajo el punto de vista de muchos, el viejo filósofo chino al decir: "Europa tiene una religión que satisface a su corazón, pero que no satisface a su cabeza; y tiene una filosofía, que satisface a su cabeza, pero no a su corazón." Ferrero no conoce un escritor que haya llegado más directamente al fondo de la contradicción que nos perturba desde hace tres siglos, y es porque debe ignorar que hoy ya no satisface el ideal del Estado supeditado al individuo, y ni el del individuo siervo del Poder, pues a medida que el cristianismo se ha ido convirtiendo en aliado de todos los poderes, se ha ido haciendo más incompatible con las necesidades individuales modernas, y como no hemos de retroceder a la antigüedad clásica, y mucho menos, aunque aparentemente parezca lo contrario, a la conversión del individuo en un instrumento pasivo del Estado, de ahí que la doble corriente que durante el siglo XVI colocó a la civilización moderna en contradicción consigo misma, se haya revuelto hoy en el sentido de que el individuo puede desenvolverse fuera de esas concepciones estadistas, que tan poco dicen en su favor.

Todas las filosofías y religiones que hayan podido influir en el progreso de Europa, como en las demás regiones, han tenido que luchar con las reminiscencias del pasado; de lo contrario, las transformaciones serían más rápidas y trascendentales, sin sufrir esas adaptaciones, que, como el cristianismo, por ejemplo, sufren los nuevos ideales, al ser puestos en práctica por hombres viejos en otros ideales.

Por eso la duda y la vacilación acompañan muchos de los actos de nuestra vida cotidiana,

y por eso muchos empedernidos materialistas, a última hora, estropean toda una vida ejemplar.

Aparente contradicción la del corazón y la inteligencia; aparentes actos contradictorios los de nuestra propaganda de amor libre y nuestra adaptación a la vida doméstica vulgar y rutinaria; entre nuestras ansias de emancipación individual y nuestra voluntaria sumisión en muchas ocasiones a la vida gubernamental, y las constantes contradicciones individuales, nos dan la norma de las colectivas, ya que estas últimas son una consecuencia de las primeras.

Desa sobre nosotros un pesado fardo de

contradicciones, que urge ir aligerando, buscando al mismo tiempo una filosofía que satisfaga a nuestro intelecto y a nuestros sentimientos, pues ni religión ni filosofía que no posea esta cualidad, puede tener la condición de ser apta para los que no gustan de vivir de contradicciones, sino de actos lógicos y propios de los que buscan una civilización basada en el verdadero humanismo, que no puede ser colectivo, sin proporcionar los medios de librarse el individuo de esas contradicciones, que lo hacen impotente para entrar en la vía del verdadero progreso.

ANTONIA MAYMÓN

**Divulgaciones
médicas**

Cómo se evita y cómo se cura la sífilis

(Continuación)

Precauciones relativas a la mujer

En la inminencia de una relación sexual, la primera idea que se debe tener es, pues, la de la posibilidad de una contaminación. *Ella debe ser considerada siempre como posible; algunas veces como probable; en ciertos casos como segura.*

En la duda, abstente, debería ser la máxima invariable para tales situaciones. En un buen número de casos, sin embargo, poco puede la prevención y las resoluciones que el razonamiento puedan sugerir. Los impulsos sexuales son a menudo tan irresistibles, tan imperativas las exigencias del instinto, que las mejores decisiones quedan anuladas. Vale la pena contar en este sitio la anécdota de Cattier, autor de un folleto de propaganda semejante a éste. Una noche, en la comida de un baile de practicantes internos en París, se había sentado a la mesa una bellísima muchacha, la cual atraía las miradas y los deseos de todo el mundo. Con una *toilette* escasa, su piel aparecía inmaculada y sus formas habían anulado toda competencia en las rivales.

Ahora bien; en un momento dado, el "co-

necedor" que la había invitado hizo saber que la Venus en cuestión estaba en el segundo período de una sífilis no todavía tratada. Pues bien, no obstante ello, tres o cuatro de los internos tentaron la prueba y fueron contaminados por la terrible infección.

Esta anécdota que pone en descubierto la despreocupación de los muchachos jóvenes, debe ser recordada para hacerse dueño de sus determinaciones e imponer la propia voluntad en contra de los impulsos irreflexivos. En algo el hombre ha de diferenciarse de la bestia, aun dentro de los límites de las funciones que le son comunes.

Por lo demás, poco o nada puede esperarse de la sinceridad de una persona que está en condiciones de contagiar una sífilis. La conciencia moral está generalmente anulada por una de las siguientes condiciones o estados de espíritu:

El sujeto ignora su sífilis y por consecuencia la posibilidad de contagiarla.

El sujeto conoce su enfermedad pero cree que no la contagiará, o ignora el daño a infringir.

Sabe que puede contagiarla, pero sobrepone

a su deber de abstinencia, los impulsos sexuales, cuando el coito es desinteresado, o el lucro, cuando se lo paga.

Conoce la enfermedad, las consecuencias del contagio, y se complace en contagiarse, por maldad, por ruín espíritu de venganza contra el primero que pueda ejercerlo, sea o no sea éste responsable.

Cualquiera que sea este estado de espíritu, es evidente que se hace incompatible con una sinceridad espontánea o solicitada. *Jamás una mujer confiesa su enfermedad; no la confiesa aun en el caso de que para obtener la confesión se le proponga el pago convenido por el acto.*

En este sentido, *las seguridades dadas por una prostituta son absolutamente ilusorias y no deben ser tenidas en cuenta para nada.*

La observación directa de la mujer, puede dar mayores seguridades. Ciertamente que el momento no es propicio para realizar un examen minucioso, pero con un poco de perspicacia y de prevención se pueden obtener datos significativos y a veces concluyentes.

Desde luego debe inspirar desconfianza la higiene defectuosa y la falta de cuidados de *toilette* fácilmente apreciables. Una mujer desaseada en sus cuidados íntimos contrae fácilmente la infección, y muchas prostitutas se libran sólo por la costumbre sistemática de hacer lavados vaginales inmediatamente después del coito. La falta de higiene local, no es por otra parte sino una manifestación del descuido en el aseo general del cuerpo. Cattier, el autor ya citado, concluye con toda espiritualidad, que en resumidas cuentas, el diagnóstico positivo de la sífilis puede ser planteado cuando se observa... el estado de las uñas.

Contrariamente a lo que se cree, la sífilis puede no ser revelada por signos exteriores fácilmente apreciables. *No es una maldición que se lleva escrita sobre la frente*, al decir de un autor norteamericano.

El diagnóstico es difícil cuando la enfermedad se encuentra en el período primario, en el estado de chancro, pues por una parte el examen directo de los órganos genitales es a menudo imposible en el momento anterior al coito, y por otra, la lesión puede estar tan oculta que aun la inspección médica más minuciosa es insuficiente para revelarlo; tal es el caso de los chancros situados en el cuello del útero, en la

mujer, y en el interior de la uretra en el hombre.

Las manifestaciones secundarias de la sífilis son ciertamente más apreciables sobre todo si consisten en erupciones más o menos extendidas sobre la piel. Por lo contrario, las placas mucosas, que se encuentran asentadas en las mucosas de los órganos genitales o en la que recubren la boca, en las amígdalas de la base de la lengua, en la parte interna de los labios, pueden pasar desapercibidas.

En la sífilis terciaria, el peligro es evidentemente menor y sólo se hace real cuando existen ulceraciones que son, por lo común, más fácilmente apreciables.

De todas maneras debe tomarse como regla de conducta el tener como sospechosa toda lesión de la piel o de las mucosas que no puedan ser clasificadas de inmediato como lesiones vanales y sin importancia.

Precauciones personales

Aun cuando el contagio de la sífilis es probable cuando el coito se realiza con una mujer atacada de sífilis, no es absolutamente seguro y depende de circunstancias especiales, las cuales son relativas.

La predisposición individual.

Las precauciones que se tomen.

No todos los individuos contraen la sífilis con igual facilidad, lo que puede comprobarse por los casos en los cuales una misma mujer contagia su infección a un hombre y a otro no. *Depende sobre todo de la resistencia del epitelio que forma la capa más superficial de la piel y de las mucosas por donde penetran las spirochaetas.* Las mucosas que están siempre humedecidas, tienen el epitelio menos resistente a la penetración de las spirochaetas; en cambio, las que están siempre secas y limpias son más resistentes. El hecho tiene, como se comprende, gran importancia para la mucosa del pene, la cual puede estar más o menos expuesta al contacto del aire, según los individuos, y por consecuencia más o menos seca y resistente. Cuando el prepucio recubre permanentemente el glande, se mantiene en su superficie una cierta humedad; por lo contrario, los sujetos de prepucio retraído tienen una mucosa seca y poco atacable. De esto puede deducirse que todas las precauciones higiénicas que tiendan a re-

forzar a la resistencia y desecación de la mucosa del glande y de la fina piel que la completa en otras partes del órgano viril, representan factores positivos de profilaxis contra la infección. Las lociones realizadas diariamente con agua y jabón, o con agua ligeramente alcoholizada con agua de Colonia, pueden producir este resultado.

Como la penetración de las spirochaetas se produce sobre todo por las soluciones de continuidad en la piel y en las mucosas, deben adoptarse las mayores precauciones en este sentido. Cualquier escoriación, por pequeña e insignificante que parezca, deberá ser considerada como una puerta de entrada segura, y el coito debe ser evitado apenas haya la más mínima sospecha de sífilis. Las precauciones serán redobladas en el caso de que la escoriación se hubiera producido durante el coito mismo.

Cuanto más prolongado es el contacto, mayores son las probabilidades de infección. El coito debe ser terminado a la brevedad posible.

Cuando el coito ha terminado, las precauciones personales directas tienen mayor importancia. No se puede, sin embargo, atribuirles una eficacia absoluta, salvo en el caso de uso de un protector de caucho que no se haya roto.

El protector de caucho debe ser usado siempre que se trate de una mujer desconocida o cuando haya la más mínima sospecha de que está contaminada.

El placer producido por el acto sexual es ciertamente disminuído en esa forma, pero la consideración de la posibilidad de un contagio que producirá la ruina del organismo para el resto de la vida, debe primar para determinar la conducta.

Es necesario alejar lo antes posible de las superficies de penetración las mucosidades infectantes que el coito haya podido dejar en ellas. *Un prolijo lavado será, pues, hecho lo más pronto posible.* El agua y el jabón son suficientes, en la mayoría de los casos, pues para que las sustancias que pasan por desinfectantes sean activas, es necesario que las soluciones de las mismas sean muy concentradas y en este caso son demasiado irritantes.

En ciertas condiciones, es necesario saber ingeníarse, para hacerse de recursos. La orina misma puede, al ser evacuada, eliminar los gér-

menes de cualquier clase que hayan podido penetrar en la primera porción de la uretra, y comprimiendo con los dedos la extremidad del prepucio, al mismo tiempo que se produce la micción, se puede realizar un lavado intermitente del glande que es de suma utilidad.

Metchnicoff, el sabio ruso que tanto ha hecho progresar el conocimiento de esta enfermedad, pudo demostrar experimentalmente en los monos —animales que contraen la sífilis humana— que las fricciones hechas con mucosidades cargadas de spirochaetas sobre el pene de estos animales, les inoculaba la enfermedad, pero que esta inoculación era seguramente impedida si después de un tiempo, no superior a seis horas, se untaba cuidadosamente la región con una pomada conteniendo calomel. Las probabilidades del contagio crecen a medida que el tiempo de la aplicación de la pomada ha sido retardado.

Estas experiencias han dado lugar a un método de profilaxis que puede ser considerado como el más eficaz de todos. Después del coito, lo más pronto posible, toda la superficie del miembro viril, pero sobre todo la de su extremidad anterior, que está recubierta por el prepucio, deberá ser untada con la siguiente pomada que puede ser obtenida en cualquier farmacia:

R:	
Pretefnato de plata.....	0.30 gramos.
Calomel	10 "
Aceite de vaselina.....	5 "
Lanolina	10 "
Agua.....	5 "
Agua de rosas.....	5 "
Extracto de mil flores...	V gotas.

Esta pomada evita la sífilis si es usada convenientemente. Puede ser mantenida en un pomo de metal que por compresión expulsa la cantidad necesaria. Una pequeña porción deberá ser introducida en la uretra y de esa manera no sólo se evitará la infección producida por la spirochaeta, sino también la que produce el *Gonococo de Neiser*, el agente de la blenorragia.

La pomada deberá permanecer sobre el miembro durante un buen número de horas, durante las de la noche, por ejemplo, para ser retirada en el primer baño.



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

Rejas adentro, por Ramón Magre.—Muchas veces no se puede resistir la tentación de un comentario, sugerido por una lectura grata. Hay libros de una presentación tímida, como editados con temor, modestos, sin apariencias de grandeza, para guardarla toda en su interior; este es, precisamente, el caso de *Rejas adentro*.

Este libro del joven autor Ramón Magre, con el bombo que se da a muchas publicaciones ayunas de todo valor, hubiese sido un acontecimiento. No obstante faltarle eso, hemos leído en diferentes diarios juicios animadores, muy favorables a las aptitudes literarias de Ramón Magre.

El autor de *Rejas adentro* se ha revelado un gran espíritu crítico y un psicólogo poco común entre los escritores anarquistas de habla española. Su estilo, su concepción de las cosas es puramente personal, lo que revela, en un principiante, la existencia de un gran talento creador. Más bien se nota en Ramón Magre una marcada tendencia a la literatura rusa, que gusta con placer. Tuve ocasión de conocer a este camarada en una representación de teatro ruso, en Barcelona, y pude convencerme de ello.

Hablaba del teatro ruso con pasión, con un entusiasmo inusitado.

“En el teatro ruso—nos decía—se vislumbra siempre este afán de superación, que no da a las obras un final de película. Por eso gustará poco, porque nuestro público está acostumbrado siempre al triunfo de los buenos y a las cosas concretas.”

Rejas adentro se aparta por completo de todos los libros que tratan temas carcelarios, porque es más personal, más íntimo y subjetivo. Los tipos, reciamente trazados, se desenvuelven solos, actúan, viven su vida, fecunda o estéril, buena o mala, creadora o inútil.

Lo que más bien revela el talento literario de Ramón Magre, es un cuento titulado “Dos vidas”. Pocas veces, en lo mucho que llevamos leído, hemos leído una concepción tan ideal, un trabajo tan finamente sentimental, exquisito y humano. Con él demuestra su autor, que fuera de las cuestiones doctrinales e ideológicas sabe dar forma a las más delicadas concepciones poéticas. Todos los tipos están magistralmente trazados, particularmente el de la prostituta Ivonna Raudel, altísimo modelo de mujer.

Los que hemos leído su primer libro, auguramos al joven autor grandes triunfos a medida que vaya madurando su talento. Ramón Magre es un espíritu sutil, delicado, observador, y una gran inteligencia que penetra al primer golpe de vista hasta lo más hondo del alma humana. Posee, en fin, las grandes dotes de un novelista.

JOSÉ M.^a MIRÓ

Figuras de la Revolución Francesa: Belsunce, Adán Lux, Franquelin (el Enamorado).—Tres volúmenes.—Por Margarita Leclerc.—Son de un valor cultural indudable estos estudios de vulgarización histórica que nos sirve la joven y notable escritora M. Leclerc. Nada hay que eleve más el espíritu humano que el conocimiento de la vida que llevaron seres de excepción en todas las edades de la Humanidad, y la señora Leclerc, al intentar vulgarizar el conocimiento de los numerosos héroes de la Revolución Francesa, realiza una obra digna de todo encomio por cuanto tiende a elevar el nivel moral del hombre.

Sin embargo, no nos entusiasma tanto la evocación de la época histórica en la cual se destacaron las figuras gloriosas que pretende darnos a conocer como las divagaciones a que se entrega la autora, en las que muchas veces

desliza atisbos certeros y claridades de aurora acerca de muchos problemas humanos.

Son esas divagaciones un chisporroteo de ideas, algunas ingenuas, pero siempre interesantes y de una nobleza suma. Sus frases, henchidas de fervor, tienen tanta belleza y tanta musicalidad como honda significación filosófica. Quizás por eso nos deleitan sus divagaciones en mayor grado que el interesante momento histórico tan sugestivo que relata.

Seguramente, los tres estudios que comentamos en estas líneas dejan mucho que desear como reseña histórica y como biografía. La biografía es cuestión de documentación, análisis y exposición imparcial y escueta. El biógrafo no crea un tipo ni inventa hechos: el biógrafo resucita y evoca. Para llenar justamente su cometido debe embridar su imaginación, ser muy parco en el comentario y atenerse a los hechos y a la época relatando cómo reaccionó y qué influencias ejerció el biografiado en esos hechos y en esa época. No sucede como en la novela, por ejemplo. El novelista crea el tipo y los hechos, aunque extraiga el material con que urde sus fábulas de la realidad ambiente. El biógrafo, no. El biógrafo encuentra el tipo hecho y los hechos ya consumados y su misión se reduce a retratar tipo y hechos sin restar parecido al original, sacrificando a la verdad sus particulares opiniones y sentimientos.

Margarita Leclerc ha olvidado esto. Sus figuras de la Revolución Francesa (las que nosotros conocemos al menos) parecen personajes de novela, antes de ficción creados por ella más bien que tipos reales que intervinieron en los acontecimientos de la época que reseña. Defecto capital en este orden de escritos. El historiador, lo repetimos, no crea: resucita y reconstruye. M. Leclerc no ha tenido en cuenta esto. Ella comenta hechos que muchas veces deja de referir o refiere defectuosamente y con poca claridad, y con mucha frecuencia olvida el plan que se propuso para dar rienda suelta a su fantasía, a su exuberante imaginación.

A pesar de estos lunares que señalamos, su obra es interesante, instructiva y amena, y nos revela un notable temperamento de artista, al mismo tiempo que una vasta y sólida cultura. Tomando sus escritos como reflexiones sugeridas en un espíritu delicado y culto por el asombroso fenómeno de la Revolución franco-

sa, más bien que como documentos históricos, nada habría que decir, porque eso es, en realidad, su obra.

El estilo de esta escritora —ya lo hemos dicho en otra ocasión— es brillante, ágil, vigoroso. Lo único que no nos satisface plenamente, es lo que abusa del punto y aparte. Emplea una sintaxis *sui generis*, que no siempre resulta bien, y en su amor al párrafo corto, sacrifica a menudo la claridad, fragmenta los períodos hasta el extremo que el lector llega a suponer que el principal objetivo de la autora es llenar páginas. Esta característica y la de hablar siempre cual si se hallara en posesión de la verdad absoluta, es lo que más nos disgusta en esta escritora, tan bien dotada, por lo demás, de cultura, sensibilidad e imaginación.

H. NOJA RUIZ

Falacias de las seis horas de trabajo, por J. A. Pérez.—Un folleto bien meditado y bien documentado en el que el autor demuestra cómo la burguesía ha sabido hacer revestir en provecho propio la disminución de la jornada de trabajo disponiendo las cosas de manera que el productor se vea obligado a dar mayor rendimiento en menos tiempo.

J. A. Pérez sostiene que la reducción de la jornada no aminora el número de los sin trabajo ni proporciona al obrero más descanso ni más posibilidades de ilustrarse. Sin negar el gran fondo de verdad que late en todo esto, no creemos, ni remotamente, que el autor haya escrito este folleto para demostrar que es preferible trabajar doce a trabajar seis horas. Más bien que un alegato contra la disminución de la jornada, vemos en esta obrita una clarinada, un toque de atención al proletario para que no se adormezca con estas conquistas que no mejoran gran cosa su condición de paria, y se disponga a combatir el mal en sus causas llevando a la sociedad a un estado en el cual se trabaje cuanto sea necesario, pero sin soportar parásitos de ninguna especie.

Repertorio Hebreo.—Revista ilustrada.—El principal propósito de esta publicación es ser un exponente de la alta cultura judía. Simpático el propósito. Y generoso. Nunca fué un pueblo peor comprendido ni más perseguido que el pueblo de Israel. Justo es que una

revista tan bien orientada como *Repertorio Hebreo* recoja las ansias y los esfuerzos de este gran pueblo y los presente al mundo. Sin reserva damos la enhorabuena al nuevo colega y le deseamos acierto y larga vida.

Semblanzas del grupo "Hermes", por *Evelio Vega*.—Una colección de sonetos en los que el autor traza la silueta de los principales componentes del Grupo "Hermes" de Matanzas, formado por una veintena de amantes de la cultura que se reúnen periódicamente para cambiar impresiones acerca de la ciencia, la filosofía, el arte, y cuanto significa manifestación de vida. El folleto está bien escrito y bien editado.

La Gaceta Rosarina.—Rosario de Santa Fe.—Es una revista bien presentada y bien orientada. El número 49, que tenemos a la vista, contiene trabajos de Pérez de Ayala, Santos Chocano, Ada Negri y otros, además de una nutrida y selecta información gráfica.

Sueños y Cántigas (Poesías), por *Miguel Angel Albornoz*.—La "Pequeña Biblioteca Ecuatoriana", que tan acertadamente dirige *Dilettante*, se ha enriquecido con este nuevo volumen de poesías escogidas de M. A. Albornoz. Inspiración, fuerza emotiva, sensibilidad, nos sirve este vate, que une, a su innegable valor de poeta, otras capacidades, en las cuales reveló méritos sobresalientes.

Todas las composiciones que integran el volumen son inspiradísimas y de un notable encanto, sobresaliendo entre ellas el *Canto a Satanás*, por su vigor y hondo significado; la titulada *Intima*, por su delicadeza y fina sensibilidad.

Vivre Integralement.—Muy notable el número 51 de esta revista, que cada día gana en amenidad e interés. Publica, además de fotos muy sugestivas, artículos bien documentados acerca de la evolución, la cultura física y la alimentación racional, y una extensa información referente a la manifestación que en pro y en contra del desnudo se ha efectuado recientemente en Bélgica.

Reflejos, revista literaria ilustrada.—Extensa y bien seleccionada información gráfica y texto selecto y ameno, son las características de esta publicación que ve la luz pública en Granada. Su presentación es muy esmerada.

Le Christ au Vatican, La sainte boutique, por *Víctor Hugo*.—Editado por la revista *L'Idée Libre*, hemos recibido el tan discutido poema, lleno de virilidad y brillantez, del inmortal Víctor Hugo. Va precedido de un notable prólogo de André Lorulot, en el que se da noticia de cómo se negó la paternidad de *Le Christ au Vatican* a Hugo, y se remite al lector, para que juzgue de la justicia de los ataques al gran poeta, a que lea *La sainte boutique*, poema que va incluido en el mismo volumen, y compare ambos poemas entre sí.

Harto conocida es la personalidad de Víctor Hugo, para que nosotros no tengamos que encarecer la belleza y el vigor de estos poemas.

Reflexiones de un obrero, por *A. De Carlo*.—Editorial Tor, Buenos Aires.—En este librito, el autor, un obrero manual, nos ofrece los comentarios, muchas veces ingenuos, que la observación de su medio le ha sugerido. El libro está escrito con claridad y sencillez, y se ve, a través de sus páginas, el alma generosa de A. de Carlo, que ora vibra de indignación ante la injusticia, ora se conmueve profundamente ante el humano dolor.

En pocas palabras expresado, *Reflexiones de un obrero* es la obra de un trabajador que se ha tomado la molestia de pensar y transmitirnos sus pensamientos. Aunque no fuera más que eso, tendría nuestras simpatías y las tiene, con mucho mayor motivo, por cuanto nos dice, con infantil ingenuidad, verdades muy atrevidas.

El chauffeur español.—Órgano oficial de la U. E. C. A., Sociedad de Socorros Mutuos.—Hortaleza, 70-72, Madrid.

El reino de la felicidad, por *J. Krishnamurti*.—En el sentir del autor, sólo en la posesión de la verdad estriba la felicidad, y a la verdad se llega por la comprensión y el amor. Todo el libro, tan notable como todos los de Krishnamurti, gira alrededor de esta idea, lo que da origen a la evocación de imágenes bellísimas y al despertar de nobles estímulos. Mucho vale esta obrita por su contenido, pero aun vale más por lo que sugiere.

Páginas selectas.—Revista para todos, —Guayaquil (Ecuador), Casilla 365.



Una página maestra

DEL TRABAJO



Hay perenne nobleza y aun cierta santidad en el trabajo.

Por densas que sean las tinieblas en que el hombre esté sumido, por olvidado que esté de su elevada misión, si se pone a trabajar con ardor, hay que tener esperanza en él; sólo ante la pereza hay que desesperar perpetuamente. El trabajo, por vil que sea, se comunica con la Naturaleza; el deseo sincero en un hombre de ejecutar algún trabajo, le llevará cada vez más cerca de la verdad, de los decretos y reglamentos de la Naturaleza, que son la verdad.

La última fórmula del Evangelio del mundo es: "Conoce tu trabajo y ejecútalo."

El "Conócete a ti mismo", te ha preocupado bastante durante largo tiempo; creo que nunca llegarás a conocerlo. No pienses que es tu ocupación la de conocerte a ti mismo; tu individualidad es imposible de conocer; ¡conoce lo que puedes realizar, y realízalo como un Hércules! Esto es lo mejor que puedes hacer.

Está escrito: "Un sentido infinito reside en el trabajo"; el hombre se perfecciona trabajando. Espesos matorrales son arrancados y dejan lugar a hermosos campos de trigo o a ciudades soberbias; y el hombre mismo, cuando se ha consagrado a esta tarea, ha dejado de ser árida estepa. Considerad cómo, aun en los trabajos más humildes, el alma entera del hombre reposa y alcanza una especie de real armonía en el instante en que se consagra al trabajo. Dudas, deseos, tristezas, remordimientos, indignación, desesperación, todas, como furias infernales, asaltan el alma del pobre obrero como la de todo hombre; pero se inclina con valor sereno sobre la tarea, y todas las furias se aplacan y se retiran, rugiendo, a sus antros. El hombre, en tal momento, es un hombre. ¡El resplandor bendito del trabajo es fuego purificador que destruye todo veneno, y de sus acres vapores surge espléndida llama!

El Destino, en suma, no tiene otro medio de reformarnos. Un caos informe a quien se ha impreso movimiento de rotación, rueda y rueda cada vez con movimiento más acelerado, adquiriendo, por virtud de la misma fuerza de la gravedad, forma esférica; deja de ser caos para convertirse en mundo redondo y compacto. ¿Qué sucedería si la tierra se detuviese en este movimiento de rotación? En esta tierra vieja y miserable —en tanto que continúa girando— todas las desigualdades e irregularidades se dispersan; las irregularidades tienden sin cesar a la regularidad. ¿No has observado nunca el torno del alfarero, uno de los objetos más venerables que existen, viejo, como el profeta Ezequiel, y quizá más viejo aún? ¿Has visto esos informes pedazos de arcilla, cómo se modelan por sí mismos, merced al rápido movimiento de rotación, y se convierten en bellos platos redondos? Imagínate al más asiduo alfarero, privado del torno, reducido a fabricar platos, o más bien objetos informes, que sólo puede amasar y cocer. En situación análoga a la de este alfarero se encontrará el Destino con el alma humana que nada quiera hacer, que no quiera hacer girar el torno ni trabajar. Del hombre ocioso que permanece en la quietud, el Destino más favorable —como el más asiduo alfarero sin el torno— no obtendrá, después de haberlo amasado y cocido, más que un objeto informe; en vano extenderá sobre él los colores más costosos, todos los esmaltes y todos los dorados que quiera: nunca el objeto dejará de ser informe, nunca será plato; no, sino objeto curvado, cocido, tosco, pesado, con ángulos mal modelados, amorfo, simple objeto esmaltado que proclama el deshonor. Que el ocioso medite sobre esto.

CARLYLE

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS

EL ARBOL DE NOEL

Por Fedor Dostolewski

En estos días he visto una boda... No: mejor quiero hablaros del Arbol de Noel. La ceremonia que acabo de ver ha resultado espléndida; me ha gustado mucho; pero la otra fiesta fué más interesante todavía. Ya veréis por qué este matrimonio me ha recordado el Arbol de Noel.

Hará unos cinco años asistí a una fiesta que se dió con motivo de la Nochebuena. A ella me había invitado un hombre de negocios, que disponía de grandes capitales, de protecciones y de relaciones. Aquella reunión de niños no era más que un pretexto elegido por los padres para discutir cuestiones de intereses, como por azar y de manera inesperada.

Como yo soy ajeno a los negocios, había pasado la velada un poco al margen de aquellos debates, y ocupado únicamente en ver y en observar.

No tardé en descubrir otro invitado que, como yo, parecía haber caído en aquella fiesta de un modo intempestivo. Era un individuo de elevada estatura, delgado, muy serio y vestido con elegancia. Parecía no estar muy alegre, porque se retiró a un rincón, dejó de sonreír, y sus cejas, negras y pobladas, se frunció de un modo inquietante.

Se veía, además, que a nadie conocía y que se aburría en la sala soberanamente.

Supe después que era un provinciano atraído a la capital por un asunto importante. Como traía una carta de recomendación para nuestro huésped, y éste lo protegía, por delicadeza lo había invitado a aquella fiesta infantil.

No se jugaba a las cartas, no le habían ofrecido cigarrillos, y nadie le hablaba, por lo que se veía obligado para pasar el rato, a alisar continuamente sus patillas, que eran, en efecto, muy bellas. Pero lo hacía con tal aplicación, que hubiérase dicho que las patillas vinieron al mundo primeramente, y luego llegó el señor destinado a alisarlas.

Fuera de este personaje, que de tal modo tomaba parte en la alegría familiar del emprendedor de negocios, padre de cinco hermosas criaturas bien entretenidas, mi atención se fijó en otro completamente distinto.

••

Era un dignatario a quien llamaban Julián Mastakovitch. Por lo que a primera vista pude comprobar, lo trataban como a un invitado de superior categoría; se encontraba frente al huésped en las mismas relaciones que el otro con respecto a sus patillas.

Los dueños de la casa no cesaban de abrumarlo con mil y mil prevenciones. Lo cuidaban, le hacían beber y llevaban junto a él mucha gente para presentársela. Noté, asimismo, que al fin de la velada el huésped tenía lágrimas en los ojos cuando Julián Mastakovitch afirmó que desde hacía mucho tiempo no había pasado momentos tan agradables.

Debo declarar el miedo que sentí a encontrarme frente a frente con un personaje de tal importancia. Después de haber admirado a los niños, me retiré a un saloncito y me refugié detrás de unas macetas que ocupaban casi la mitad de la estancia.

Los niños, que al parecer no concedían importancia a las recomendaciones de sus ayas, renunciaban a parecerse a los grandes personajes. Me parecían muy simpáticos; en pocos minutos despojaron el árbol de sus bombones y sus golosinas, y después se ocuparon activamente en destruir los juguetes, antes de enterarse de para quién estaba destinado cada uno de ellos.

Un chiquitín de cabellos rizados y ojos negros me pareció particularmente agradable; decidido a todo trance a matarme con su escopetita de madera, me persiguió hasta mi escondite. Pero quien más atrajo mi atención fué su hermana, de unos once años de edad, bella como un amorcillo, silenciosa y pálida, con grandes ojos soñadores. Sin duda la había ofendido algún niño, porque se refugió en la habitación donde yo estaba, se situó en un rincón y se entregó al cuidado de su muñeca. Yo había oído a los invitados que su padre era un rico negociante; alguien me dijo que la niña tendría unos trescientos mil rublos de dote, y mirando yo el grupo que de esto se ocupaba, mis ojos se detuvieron en Julián Mastakovitch. Este, con las manos detrás de la espalda, y la cabeza inclinada sobre un hombro, escuchaba atentamente aquellos comentarios.

Más tarde no pude menos de admirar la prudencia de nuestros huéspedes en la distribución de los regalos entre los pequeños. La niña de los trescientos mil rublos de dote recibió la muñeca más bonita de la colección, y así sucesivamente: el valor del juguete disminuía en proporción a la menor importancia pecuniaria de los padres del niño. Al fin, el último de los agraciados fué un chiquillo de unos diez años, delgado, rojizo y con la cara salpicada de pecas; recibió un librito de escaso valor, cuyo texto hablaba de la grandeza del mundo, de lágrimas, de ternura, etc., etc., y que no tenía ni una mala estampa.

No tardé en comprender que el chiquillo era hijo de la institutriz de los de mi huésped, pobre viuda que no tenía sino aquel hijo enfermizo y raquítico.

Vestía una modesta blusita de nankín, y cuando hubo tomado posesión de su regalo, vagó largamente alrededor de los demás juguetes; se veía su deseo de jugar con los demás; pero no se atrevía, sin duda por haberse dado cuenta de su situación de inferioridad.

Me gusta mucho observar a los niños y encuentro que lo más curioso en ellos son las primeras manifestaciones de su vida independiente. Paré mi atención en el chiquitín enfermizo, entusiasmado a la vista de los juguetes destinados a los demás y, particularmente, con el teatro, en donde acaso quería desempeñar un papel. Sonriente, interrogando a los otros pequeñuelos, dió su manzana a un regordete que llevaba ya un pañuelo repleto de golosinas. Más tarde no rehusó servir de montura a uno de sus camaradas, con tal de no alejarse del teatro; pero a pesar de todas sus condescendencias, pronto recibió un bofetón de otro mayor que él; sin embargo, no atreviéndose a llorar porque llegaba su madre, la institutriz, le fué necesario abstenerse de interrumpir los juegos. Se detuvo un momento en la puerta y en seguida se acercó a la niña, mejor, sin duda, que los otros, puesto que en vez de despedirle, aceptó su colaboración para vestir su linda muñeca.

*
**

Oculto desde hacía media hora en mi reducto, detrás de las macetas, me distraía en escuchar la conversación del niño enfermizo y de la niña de los trescientos mil rublos de dote, cuando de pronto vi acercarse a Julián Mastakovitch, quien aprovechándose de la batalla que se acababa de suscitar entre los chiquillos en el salón grande, venía también a refugiarse en el pequeño. Yo lo había visto hablar largamente con el papá del futuro buen partido y se mostraba soñador, con gesto de estar haciendo sus cuentas.

—Trescientos, trescientos... —murmuraba—, once... doce... trece... ¡dieciséis!... Faltan cinco años. Supongamos el cuatro por ciento... cinco veces doce, que harán sesenta... de esos sesenta, supondremos que en cinco años... en total cuatrocientos mil... sí... pero este canalla no presta al cuatro por ciento... ¡Al ocho y acaso al diez...! por lo menos quinientos mil, y el resto para galas...

Terminadas sus cuentas el dignatario quiso abandonar su estancia, cuando su mirada se detuvo en la niña. Yo estaba, sin duda, bien oculto por las plantas, porque no me vió, y, en cambio, pude darme cuenta de su agitación. ¿Era efecto de sus cálculos? Se frotó las manos satisfactoriamente y al volver a mirar a su futura, aumentó su agitación.

Antes de dirigirse al sitio en donde estaban los niños, inspeccionó los alrededores con una rápida ojeada. Luego, marchando sobre la punta de los pies, se acercó a la diminuta pareja. Una dulce sonrisa iluminaba su cara redonda y se inclinó para besar la cabeza de la niña.

Esta, que no se esperaba aquel ataque brusco, lanzó un grito de sorpresa.

—¿Qué haces aquí, encantadora criatura?—le preguntó, acariciándole las mejillas.

—Estamos jugando.

Julián Mastakovitch lanzó al niño una mirada muy poco grata.

—¿Con éste? —y añadió dirigiéndose a él en un tono severo:

—Tú debías irte al salón, querido.

Y al ver que le miraba fijo y silencioso, inspeccionó de nuevo los alrededores, y añadió dirigiéndose a la niña:

—¿Tienes una muñeca, preciosa?

—Una muñeca —contestó la niña, disgustada de aquella interrupción.

—¿Sabes, queridita, de qué está hecha esa muñeca?

—No lo sé —contestó con la vista baja.

—Con trapos, encantito.

Aquí Julián Mastakovitch volvió a lanzar sobre el niño una mirada torva.

—Debías irte con tus camaradas —le dijo.

Los dos niños se abrazaron.

—Y ¿sabes por qué te han regalado esa muñeca? —preguntó Julián en voz baja.

—No lo sé.

—Porque eres una niña muy simpática.

Al decir esto el dignatario, sin poder disimular su emoción, miró en torno suyo, y bajando cada vez más su voz temblorosa, insistió:

—¿Me querrás mucho si vuelvo a visitar a tus padres?

Quiso nuevamente besar a la niña; pero el pequeño, al ver que ésta estaba a punto de llorar, la tomó del brazo y comenzó a sollozar como por compasión.

El personaje enrojeció de cólera.

—Vete de aquí ahora mismo a jugar con los demás.

—No, no quiero que se vaya. Idos vos —gritó la pequeña, al través de sus lágrimas—. ¡Dejadle! ¡Dejadle!

*
*
*

Un ruido en la puerta hizo temblar a Julián Mastakovitch, que se levantó. El niño, más asustado todavía, trató de marcharse con disímulo, arrimándose a las paredes. El dignatario juzgó oportuno salir también. Estaba rojo como una cereza y, al mirarse en el espejo, quedó confundido. ¿Se avergonzaba de su precipitación?

Lo seguí al comedor, en donde contemplé un espectáculo extraño: rojo de cólera, Julián Mastakovitch trataba de confundir al niño, que no sabía en dónde ocultarse.

—¿Qué haces aquí, granujilla? ¡Te he sorprendido robando fruta! ¡Vete, vete, infame! ¡Yo te lo mando!

Aterrado el pequeño, se decidió a una acción desesperada: trató de meterse debajo de la mesa y su perseguidor trataba de atraparlo.

Consignaremos aquí que Julián Mastakovitch era un hombre fuerte, de rostro encendido, con el vientre abultado y las piernas muy gruesas.

Jadeante, sofocado, se movía sin éxito. Poseído de un movimiento de cólera y, acaso, de celos, estaba rabioso.

No pude contenerme y lancé una risotada homérica. Julián Mastakovitch, que hasta entonces no me había visto, se sintió azoradísimo, pues además en aquel instante apareció en la puerta nuestro huésped. El niño salió de debajo de la mesa y se sacudió las rodillas, mientras Julián se acercó el pañuelo a la nariz, tratando de taparse el rostro.

Al encontrarnos a los tres en aquella situación tan extraña, el anfitrión nos miró un poco asombrado; pero pronto, como hombre concedor de la vida, aprovechó la ocasión que le acercaba al dignatario.

—Luego este pequeñuelo ha tenido el honor de entreteneros...

—¡Ah! ¡Sí! —exclamó Julián Mastakovitch, que no había vuelto aún de su emoción.

—Es el hijo de nuestra institutriz, pobre viuda de un honrado funcionario... Si pudierais hacer algo por él...

—Ah, no, no —interrumpió vivamente el hombre panzudo—, no; excusadme. Ya me he enterado; pero no hay plaza vacante, y si hubiera una, la esperan más de diez candidatos que tienen mejor derecho que él...

—¡Qué lástima! El niño es muy simpático, callado, obediente...

—Yo creo que es un granujilla —replicó Julián Mastakovitch, con la boca torcida por un rictus de odio. ¡Vete! ¿Qué tienes que hacer aquí? ¡Vé con tus camaradas!

El dignatario, sin continencia, me dirigió también a mí una mirada de inquietud.

Por mi parte, como me era imposible simular indiferencia, solté de nuevo la carcajada en las narices de aquel hombre redondo, que se dirigió al huésped para preguntarle quién era yo.

Murmuraron entre ellos algunas palabras y salieron.

Volví al salón. El personaje, flanqueado por el anfitrión y su señora, rodeado de padres y madres de familia, hablaba con énfasis a una dama que acababan de presentarle. Esta dama tenía de la mano a la niña de los trescientos mil rublos de dote.

Julián Mastakovitch se extendía en cumplimientos sobre la belleza, la inteligencia y la buena educación de la pequeña. La madre lo escuchaba todo con lágrimas en los ojos. Ví también que los labios del padre temblaban con una sonrisa de emoción, mientras nuestro huésped no podía ocultar el gozo que le causaban aquellas expansiones. Los invitados se contagiaban también del mismo entusiasmo y los juegos de los niños habían cesado para no interrumpir la conversación. Hasta el aire de la sala parecía saturado de respetos.

Oí que la madre de la niña, emocionada hasta el fondo de su alma por los cumplimientos que se le habían prodigado, invitaba con palabras encogidas al gran hombre para que honrara su casa con su preciosa amistad. Julián Mastakovitch contestó con emoción sincera, y los invitados se anegaban en elogios infinitos del anfitrión, de su señora, del negociante, de su cónyuge, de la niña, y, sobre todo, de Julián Mastakovitch.

El hombre importante que había oído mi pregunta me fulminó con una mirada retadora:

—¿Es casado este señor? —pregunté al invitado más próximo.

—No —contestó mi vecino, muy vejado por aquella salida inoportuna, que yo había lanzado con intención.

*
* *

Hace unos días, cuando pasaba junto a la iglesia, atrajo mi atención un grupo numeroso de coches. La multitud se apiñaba en la plaza. Hablábase de una gran boda. La mañana estaba sombría. La nieve caía imperceptiblemente. Aguijado por la curiosidad, penetré en el templo y busqué con la vista al novio. Era un hombrecillo bien nutrido, con un vientre prominente, que llevaba numerosas condecoraciones. Se agitaba, corría, daba órdenes. Un murmullo se levantó entre la concurrencia: acababa de llegar la novia.

Dando codazos, llegué a colocarme en primera fila, y mis ojos se detuvieron en una belleza espléndida en la aurora de su primavera. Estaba, sin embargo, pálida y triste. Su mirada distraída erraba alrededor y me pareció que sus párpados estaban enrojecidos por las lágrimas. La pureza antigua de sus rasgos daba a su belleza un aspecto indescriptiblemente solemne. Pero ahondando en aquella severidad y en aquella tristeza se descubría algo de infantil, de infinitamente ingenuo, que parecía pedir clemencia.

Como aquella mirada había despertado en mí recuerdos imprecisos, me propuse averiguar quién era el novio, cuando de pronto descubrí al bravo Julián Mastakovitch, a quien no había visto desde cinco años atrás. Después me fijé en la joven y...

¡Dios mío!... Sin tratar de ver más, me precipité a la salida y atravesé el oleaje de la rumorosa multitud.

—¡La novia tiene lo menos quinientos mil rublos de dote..., sin contar las galas! —oí.

Cuando me ví solo, pensé:

—¡El cálculo estaba bien hecho!

Delaissi. - El petróleo. (La plutocracia yanqui.) 4 ptas.
Delelós. - El contador universal, 1 pta.
Dunóis. - El secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
Debay. - Venus fecunda y calipédica, 3 ptas.
Edmund. - El catecismo de la ciencia, 1'50.
Enguerrand. - Las razas humanas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Nociones de las primeras edades de la humanidad; tela, 3 ptas.
Estévanez. - Resumen de Historia de España; tela, 3 ptas.
Espronceda. - Obras poéticas; 3 ptas.; tela, 4'50.
Eulate, C. - La mujer en el arte; 6 ptas. - La mujer en la Historia; 6 ptas. - La mujer moderna; 6 ptas.; tela, 9.
Fischer, A. - La mujer médico del hogar. (Ilustrada con 448 grabados y 28 láminas en colores.) En tela, 50 ptas.
Ferrer, F. - La Escuela Moderna; 2 ptas.; tela, 3'50.
Fola Igúrbide. - Leyes del Universo; 4 tomos, 16 pesetas; tela, 24.
Goethe. - Fausto; tela, 5 ptas.
Grave, J. - Las aventuras de Nono; 2 ptas.; tela, 3'50. - Tierra Libre; 2 ptas.
Gourmont. - Física del amor; 3 ptas.; tela, 4'50.
Heine, E. - El libro de las cantares; tela, 5 ptas.
Hugo, Víctor. - Dramas. Tomo I: Hernani. - El rey se divierte. - Los burgraves. Tela, 5 ptas. Tomo II: Lucrecia Borgia. - María Tudor. - La esmeralda. - Ruy Blas. Tela, 5 ptas.
J. Hire. - El infierno del soldado, 1'50 ptas.
Homero. La Iliada; 2 tomos; tela, 7 ptas. - La Odisea; 2 tomos; tela, 7 ptas.
Istrati, C. - Curso metódico de Química y Mineralogía. (Con 234 grabados.) 15 ptas.; tela, 20.
Jaquet. - Compendio de Historia Universal; 3 tomos, 6 ptas.; tela, 10'50.
Koheer. - La calvicie. (Cómo se evita y cómo se cura.) 4 pesetas.
Khune. - La nueva ciencia de curar; tela, 15 ptas. - La expresión del rostro; tela, 20 ptas.
Kropotkin. - La Gran Revolución. (Con 653 ilustraciones.) Tela, 25 ptas.
Lamartine. - La Revolución Francesa; 3 tomos, 9 pesetas; tela, 12.
Lara M. - Primeros socorros que deben prestarse en toda clase de accidentes; 2 ptas.
Leopold. - Manual de Obstetricia. (Ilustrada.) Tela, 12 ptas.
Legnan. - Química biológica; 8 ptas.
Letorneau. - Psicología étnica; 4 tomos; tela, 12 ptas.
Lluria, E. - Evolución superorgánica; 2 ptas.
Manaut, P. - Higiene de la mujer; 2 ptas.
Marestán. - La educación sexual; 3'50 ptas.
Malvert. - Origen del Cristianismo; 2 ptas.
Malato. - Primer Manuscrito; tela, 3 ptas.
Meyer. - Léame usted y sabrá francés; 1 pta.; tela, 2 ptas.
Mantegazza. - Higiene del amor; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Fisiología del placer; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Los amores de los hombres; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7.
Monlau, F. - Higiene del matrimonio. (Ilustrada.) Tela, 7 pesetas.
Martínez. - Botiquín escolar; 0'75.
Mas Tayeda. - La revolución numérica; 15 ptas.
Marcilla. - El amor en verso; 1 pta. - Oratoria en verso, 1 pta.
Méndez, N. - José Martí. (Su vida y su obra.) 4 ptas.
Milton, J. - El paraíso perdido. (Con láminas.) 7 ptas.; tela, 10.
Montilla. - Historia Universal para niños, 1'50 ptas.
Nergal. - Evolución de los mundos; tela, 3 ptas.
Nin y Tudó. - Para la mujer; 2 ptas.
O'Neill. - La voz humana. (Con láminas.) 6 ptas.; tela, 9.
Orts, R. - Novísimo secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
Palasí, P. - Compendio de Gramática castellana; 2 ptas.
Pargame. - El origen de la vida; tela, 3'50 ptas.
Petit, M. - El niño y el adolescente; tela, 3'50 ptas.
Polacco, R. - Lo que deben saber todas las mujeres; 3 ptas.
Reclus, E. - El hombre y la tierra. (Historia social del mundo, desde sus orígenes hasta la edad contemporánea.) Obra monumental; 6 grandes tomos, con 1.786 ilustraciones; en tela y planchas doradas, 180 pesetas la obra completa. Por cuadernos, a 0'75 cada uno. Consta de 166 cuadernos. Se envía también por tomos sueltos, a 30 pesetas cada tomo.
Rubén, L. V. - Evolución de los seres vivientes; tela, 3 ptas.
Ruiz, L. - Clave matrimonial; 3 ptas.
Samaniego. - Los animales hablan; 1'50 ptas.
Sauerwein. - Historia de la Tierra; tela, 3 ptas.
Shakespeare. - Dramas. Tomo I: El mercader de Venecia. - Macbeth. - Romeo y Julieta. - Otelo. Tela, 5 ptas. Tomo II: Sueño de una noche de verano. - Medida por medida. - Coriolano. - Cuento de invierno. Tela, 5 ptas. Tomo III: Hamlet. - El rey Lear. - Cimbelina. Tela, 5 ptas. Tomo IV: Julio César. - Como gustéis. - Comedia de equivocaciones. - Las alegres comadres. Tela, 5 ptas.
Schiller. - Dramas. Tomo I: Guillermo Tell. - María Stuardo. - Doncella de Orleans. Tela, 5 ptas. Tomo II: Don Carlos. - La conjuración de Fiesco. - Cábales de amor. Tela, 5 ptas. - Tomo III: La novia de Mesina. - Vallystein. Tela, 5 ptas.
Sánchez R., J. - La Aritmética del obrero, 1'50 ptas. - El abogado del obrero. (Agotado.)
Subirana. - Ortografía castellana; tela, 3'50.
Springer. - El médico del hogar. (Obra importantísima, con 936 grabados, 56 láminas y dos modelos anatómicos desmontables.) En tela, 45 pesetas.

Toulouse. - Cómo se forma una inteligencia; 2 pesetas; tela, 3'50.

Urales. - Sembrando flores; 2 ptas.; tela, 3'50.

Vander. - Nuevo sistema de curación natural. (Obra importantísima y de alto valor científico, ilustrada con multitud de grabados y láminas en color.) Tela, 25 ptas.

Varios. - La verdadera ciencia de curar. (Sin drogas ni operaciones. Sistema Khune. Adaptado a las características de la raza latina. Obra de gran interés y de gran utilidad.) Tela, 20 pesetas.

Vanucci, A. - La cultura alemana contra la civilización; 1'50 ptas.; tela, 3.

Varios. - Enciclopedia del amor. (Ilustrada.) 4 ptas.; tela, 6.

Wagner, R. - Dramas musicales. Tomo I: Rienzi. - El buque fantasma. - Lohengrin. - Tristán e Isolda. - Los maestros cantores. Tela, 5 ptas. Tomo II: Tanhauser. - El anillo de Nibelungo. - El oro del Rhin. - La Walkyria. - Sigfrido. - El crepúsculo de los dioses. - Parsifal. Tela, 5 pesetas.

Wood, M. - Lo que debe saber toda joven; 1'50 ptas.; cartón, 2'50.

X. X. X. - Cartilla filológica española; 1'50.

X. X. X. - Gramática de esperanto; 1'50; tela, 2'50. - ¿Quiere usted hablar esperanto; 0'75. - Ejercicios de lectura francesa; 1 pta.; tela, 2. - ¿Quiere usted saber francés en diez días? 0'75. - ¿Quiere usted saber inglés en diez días? 0'75. - ¿Quiere usted saber alemán en diez días? 0'75. - ¿Quiere usted saber italiano en diez días? 0'75.

Manual completo de cocina; rústica, 5 ptas.; tela, 6.

Zaborowski. - El hombre prehistórico; 2 ptas.; tela, 3'50.

Zimmerman. - Historia Natural. (La más completa y moderna. Consta de 24 tomos, ilustrados con grabados y láminas en colores. Edición de lujo, 105 pesetas. Por tomos, 4'50 pesetas cada tomo. Edición corriente, en tela, 80 pesetas. Por tomos, 3'50 pesetas cada tomo.)

Tarjetas postales de ESTUDIOS

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranath Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Rios.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lassalle, Horacio Wells, Tolstoi, Anton Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimsky Korsakoff, Branly, Saint-Simon, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvachea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriel Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schuman, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras aquí anunciadas, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse el título y autor de los libros lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado a en reimposición, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

Enviamos gratis el Catálogo general a quien lo solicite.



Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta. — Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158. — Valencia.

ESTUDIOS



Consultorio Médico de **ESTUDIOS**

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia. Cromoterapia. Fototerapia. Electricidad. Sol artificial. Rayos X. Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 %, en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 73. — Septiembre 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.